



MÁS ALTO QUE EL AIRE

los libros del  olivo

JAVIER EXPÓSITO LORENZO

MÁS ALTO QUE EL AIRE



El Bosque



© LOS LIBROS DEL OLIVO
www.loslibrosdelolivo.com

© JAVIER EXPÓSITO LORENZO

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

Diseño de cubierta: MARTA VILLARÍN
Maquetación de interior: AUTOEDICIÓN Y DISEÑO TORRE, S. L.
Impresión: GRÁFICAS COFÁS, S. A.

Primera edición: Octubre de 2013

ISBN: 978-84-941704-2-3
Depósito legal: M-26867-2013

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN



A Arantxa, espejo del camino, ángel dorado, por regalarme su presencia.

A todos aquellos que amo, por estar...

Índice

A MODO DE PROEMIO, por Sebastián Vázquez . . .	11
PRÓLOGO, por Juan Manuel de Prada	13
PREFACIO DEL AUTOR	17
<i>Luz</i>	23
<i>Vida</i>	61
<i>Amor</i>	89

A modo de proemio

Más alto que el aire... nos dice el autor en este libro extraordinario. Extraordinario, ¿por qué?

El que haya degustado, aunque solo sea una vez, la literatura no rendida más que a la belleza, notará al instante que Javier escribe no bien, sino que muy bien. Pero eso, lo sabemos, no es siempre suficiente.

También, muy pronto, nos damos cuenta de que estas páginas no son clasificables.

Reflexión, poesía, hondura a flor de piel —el abismo de lo más profundo—, átomos que bailan al ritmo de un son primordial, almas que saben que son, naturaleza en vínculo sagrado con la inteligencia y, sobre todo, hermosura.

Si cuando lo lean, abriéndolo por cualquier parte al azar caprichoso de la matemática que no concebimos, resulta que no sienten ese soplo que alcanza, seductor y preciso, corazón y mente, déjenlo para más tarde, para cuando los astros y la respiración se eleven juntos muy alto, más alto que el aire.

Entonces, estas páginas serán bálsamo, perfume y enigma.

SEBASTIÁN VÁZQUEZ

Prólogo

¿Y qué es «más alto que el aire»? podría preguntarse el lector, antes de engolfarse en la lectura de este espléndido libro de Javier Expósito Lorenzo. Enseguida piensa uno en Dios, o en los espíritus celestes, o en cualquier paraje de bienaventuranza escondido más allá de las nubes. Lo sobrenatural está presente en el libro de nuestro autor, desde luego, pero resulta mucho más llamativa la presencia de lo estrictamente natural. Porque *Más alto que el aire* es un libro que nos reconcilia con la naturaleza humana, que solo es plena cuando acepta que es también espíritu, no un espíritu en pugna y confrontación con la carne, que vive en sus adentros como en una cárcel, aherrojado por mil cadenas, sino un espíritu que vibra con la carne y la enaltece, y con ella, juntamente, vive una aventura prodigiosa, inflamándose hasta tornarse llama.

Más alto que el aire es una rareza literaria o, dicho más propiamente, un escándalo literario. Javier Expósito se atreve a escribir de las cosas que causan pudor en nuestra época y lo hace sin tapujos, sin circunloquios, sin aderezos confundidores. Con una escritura límpida, despojada, casi aterida, pero a la vez llena de tensión estilística y millonaria en imágenes. En *Más alto que el aire*, Javier Expósito nos habla de la vocación primordial del ser humano, que es una vocación espiritual de

ascenso, una necesidad de elevarse sobre el ruido, hacia un horizonte donde el alma se torna pájaro o llama. ¿Y esto no es escapismo?, podría preguntarse algún lector todavía renuente. En modo alguno, pues la aventura que Javier Expósito nos propone es exactamente la contraria: algo así como una reintegración de lo humano que nos ha sido arrebatado, una revelación de lo que verdaderamente somos, de las posibilidades infinitas de nuestra alma, que yacen enterradas dentro de nosotros, sepultadas por sucesivas capas de miedo y conformismo.

En esta propuesta literaria tan sugestiva, Javier Expósito bebe, por supuesto, de las grandes tradiciones de literatura ascética, sapiencial y mística, pero hay en él una originalidad palpitante que logra transfigurar todo este caudal de influencias, fundiéndolo en una amalgama que renueva los paisajes del alma e interpela al hombre de nuestra época, desgarrado en su intimidad más verdadera, condenado a sobrellevar una vida angosta, amputada, apenas un remedo de vida. Claro que, para alcanzar otra vida más plena, Javier Expósito propone exactamente lo contrario que nuestra época postula: a la plenitud —sostiene nuestro autor— no se llega a través de la posesión, sino de la donación, y en ese proceso de paulatino despojamiento, a medida que nos vamos liberando de lastres que embotaban y anestesaban nuestro ser más verdadero, se expanden y renuevan los horizontes de nuestro espíritu.

En esta suerte de catarsis interior, que Javier Expósito va mostrando al lector muy pudorosamente, con

una alegría apretada y humilde, se llega a una estación final, que es el triunfo del amor. Aquí *Más alto que el aire* adopta un tono exultante, de un júbilo que no nace de la euforia de las pasiones, sino de la cabal comprensión de nuestra naturaleza: solo quien ama puede ser completamente humano, nos enseña Javier Expósito, y como solo se puede amar cuando se tiene conciencia de estar recibiendo y entregando un don. El amor que abrasa las páginas de este libro es un amor anhelante por fundirse con la persona amada, con el mundo amado, con el cielo amado, en un abrazo que rodea «cada partícula de lo cotidiano».

Hacia mucho tiempo que no leíamos un libro de una intensidad tan acendrada y lo más sorprendente es que esa intensidad no la logra Javier Expósito encaramándose al pedestal de lo sublime o lo inefable, sino contemplando —amando— las cosas menudas de la vida, esas virtudes del taller del carpintero con las que solo el escritor de ley sabe hacer alta literatura. Como Azorín, Javier Expósito ha entendido que en los «primores de lo vulgar se esconde la explicación del universo», y así su literatura, de una sencillez casi franciscana, acierta a arrojar desde lo cotidiano una luz no usada —una luz siempre discreta, siempre matizada, con irisaciones de estremecida y conmovedora belleza— que alcanza a iluminar los pasadizos más laberínticos de nuestra vida interior, y también la vasta noche que se extiende a las afueras, allá donde aletea el misterio.

Más alto que el aire es un libro precioso, por raro y por bello, de una intrepidez que, en efecto, resulta es-

candalosa —casi suicida— en una época en la que la literatura, como todas las expresiones del espíritu humano, parece haberse resignado a perecer asfixiada en un traje —más bien una mortaja— de convencionalismos y fórmulas establecidas. Por fortuna, Javier Expósito no admite trajes que opriman la respiración de su escritura, que parece nacida para alzar el vuelo, como un alma incandescente o una luciérnaga en plena danza nupcial. Incandescente y nupcial son dos epítetos que describen perfectamente este libro asombroso, pues en él la palabra fulgura, ansiosa de entregarse.

Y ahora, querido lector, no sé a qué esperas para aceptar esa entrega.

JUAN MANUEL DE PRADA
Septiembre de 2013

Prefacio del autor

No sé si estarás de acuerdo o no, pero creo que todo libro hecho desde la honestidad de lo que somos no es más que un acto de entrega. Una rendición sin condiciones a la corriente que nos lleva, vaya donde vaya, lleve lo que lleve en sus aguas. Se trata en el fondo de una vez entregado lo que a uno le es propio en su experiencia, apartarse, estar presente y escuchar lo que viene de *Más alto que el aire* para dejarlo pasar a través tuyo como hace el escriba que da fe de lo dictado.

A veces, el acto de entrega es tan potente y sincero que, al encender el corazón y dejar que el calor llegue al alma, uno consigue desatar nudos imposibles, deshacerse de cargas milenarias y, al vaciarse de tanto peso, tender espacio a lo nuevo que, como una cascada, limpia nuestro interior de miasmas y desechos. Lo mejor de todo entonces es que no haces nada, porque aunque en mi caso pasara por la tristeza, el anhelo, la desesperación, la alegría y el amor cuando escribía, nada de eso me desnortaba, pues siempre había un propósito, una misma fuente de la que manaban las palabras con la misma energía que, como por encanto, quedó transmitida a este conjunto de piezas que he dividido en tres partes: luz, vida y amor. Luz, lo que llevamos dentro. Vida, todo aquello que nos rodea y hacia donde enfocamos nuestra luz. Amor, el estado que convierte a tu vida en una obra de luz.

Cuando terminé o más bien terminó este libro, al releerlo descubrí que no reconocía a Javier tras la mayoría de estos escritos. Había algo que no me era propio, una intención que estaba más allá de mi encomio. Por eso, tras titular los textos, me di cuenta de que todos los encabezamientos conformaban un libro dentro de otro libro, y que este tenía también pleno sentido. Eran eslabones de una cadena, de un breviario de ruegos u exhortaciones que además de resumir la esencia de cada texto, de alguna manera querían animarte a ti, lector, a que lleves a tu vida algunas de las cosas que en estas páginas se dicen, al igual que yo intenté ponerlas en práctica con mejor o peor suerte.

Quizá lo más importante que pueda decir sobre *Más alto que el aire* es que durante el tiempo en que las palabras fueron derramándose del cántaro divino, me ayudaron a superar momentos duros, a encontrar el equilibrio, a vaciarme de emociones para luego llenarme de amor. Fue una sanación que facilitó el volverme a encontrar con el ser que había perdido en las hogueras y las cenizas de la tierra.

Por eso lo que me haría más feliz es que este libro cumpliera con el fin para el que probablemente me fue susurrado. Iluminar tu propia luz, darte pistas y señales de la gloria que te habita y que habita el mundo, dejar caer miguitas que marquen un camino que pueda guiarte a estar más en sintonía contigo y con el nuevo mundo que llega, emergido de entre las ruinas de los antiguos castillos tenebrosos que construyeron para dominarnos. Porque hora es ya de ser faros, hora es ya de enfocar la luz al resto de naufragos que tantas veces somos.

Si fuera un médico del alma, te diría que este medicamento no tiene contraindicación, que puedes ingerirlo en una o varias tomas; por la mañana, por la tarde o a la noche antes de dormirte, como si de una infusión relajante se tratara. No me opongo a que lo tengas como libro de cabecera, más bien me soplaron una vez en sueños que a más de uno puede que hasta leer alguna de estas páginas le conforte. Ojalá.

En todo caso, y como pregonero, espero y deseo que con cada una de tus lecturas, se abra, y esto es lo hermoso, el mundo nuevo que nos aguarda.

MÁS ALTO QUE EL AIRE



Luz

Un escritor no puede hacer nada más necesario, más satisfactorio para los hombres que revelarles las infinitas posibilidades de sus almas.

WALT WHITMAN

Es la hora

Un tesoro antiguo y olvidado contienen estos hombres. Una llama que asciende desde la tierra y lleva su flama a los rincones del cielo, un verso interior que recorre sus venas y sangra sobre su alma, entregándola luz y carne. Cumplimiento, no promesa del despertar. Muchos en el espejo empiezan a reconocerse en cada una de las facciones que desconocen, en las miradas posibles a su rostro, y despiertan al saber que no son el que creyeron; miran el mundo, como por primera vez, y encuentran al otro, tal si nunca hubiera estado allí antes, cuando la tormenta, y se descubren parándose ante una flor abierta a sus pétalos, y sonríen ante un niño que les mira sin miedo, y al tender su mano abierta, te digo que, si observan la tuya, hallarán las mismas líneas. Os lo juro; les oigo hablar de montañas, no de cumbres, y rastreo sus huellas más ligeras, llegan hasta el río con los pies desnudos y en su paso hallo una convicción invisible. Piden por el sueño y emerge de ellos una fe remota, regresada. ¿Acudirán hacia este horizonte sin límites que deviene?... Sí, es la hora. No hace falta mirar adelante. Es ahora.

Confiad

Aún sucede que los más de los hombres, pese a albergar en su interior la llama, tienen las alas secuestradas en su templo de agua, y se conducen como delfines asustados ante las olas. Otros, confundidos en sus mareas, ven de repente saltar del mar corazones que palpitan sobre las cubiertas de los cruceros; del Yucatán a los fiordos, de San Petersburgo a Roma, del Índico al mar de Tasmania, cuando ilusos pretendían reposar al disfrute del sol del olvido. Y es, entonces, que algunos despiertan, como cometas iluminados de repente en el cielo, y sus alas, liberadas, elevan las pirámides de los abismos, porque ya son capaces de alterar la gravedad. ¿Qué luz necesitan estos delfines bípedos que desean seguir en el miedo?, ¿qué ola habrá de portar en su cresta un corazón capaz de hacerles encontrar la libertad de jugar con los mares? Quizá muchos prefieran seguir en sus hamacas, complacidos en este momento dulce que pasa, el sol evaporando gota a gota su templo de agua... ¡No!, ¡no esperéis a que el crucero llegue a puerto!, ¡saltad por la borda! Confiad en que al caer a este océano no hará de vosotros fragmentos.

Sin queja

¡Qué ciegos estamos los que vivimos quejándonos! En lugar de aceptar nuestra oscuridad y aprender a iluminarnos a tientas, dar oído a cada sonido, otorgar voz a cada palabra, tender la piel a cada caricia, malgastamos la vida apuntalando el muro de la mente. Es una carga la queja, pues ¿acaso a Job no se le entregó el duplo de sus anteriores riquezas, no recobró el amor perdido, no le fueron nacidos más hijos y acrecentado todo cuanto tuvo, al aceptar su suerte sin volver a quejarse? Cuántos aun habiendo quedado ciegos por abrir la boca son ahora capaces de ver una luz nueva abriéndose paso a través de sus párpados, ¡cuántos!... ¿Será que en realidad ser Job estremece? Y que la fe, en el fondo, tan esquiva al hombre, es dejar de mirar a la queja...

Danzad

La niña alzaba en los ojos un cielo deslumbrante. Los arcángeles acudían a visitarla. Comprendía el misterio de las aristas, de los corazones de piedra, de los astros de luz entre las sombras. La niña jugaba con muñecas desojadas y de cabellos húmedos, pero al elevar su voz junto al mar, las olas luchaban a codazos en la orilla por romper cerca. La niña llevaba faldas de un morado minucioso, coletas peinadas por un sol tan antiguo como ajeno a juicios, libre de historia. Paseaba por las cumbres donde solo crecen los brezos violetas, hablaba a los vientos, susurraba a las gaviotas y era saludada por las nubes vestidas de tormenta. Desde aquellas alturas, contemplándolo todo, juntaba sus manos, hundía los pies en la tierra y respiraba como si llevara en el vientre una voluntad. Una onda mecía entonces las casas del pueblo al pie de las montañas, las paredes de piedra se templaban, las comidas sabían más dulces, el silencio atrapaba las palabras y nadie habría utilizado un armario para refugiarse. Más bien muchos cruzaban los umbrales en medio de la noche, iluminados con faroles, y sin comprender se daban las manos, caminaban unidos hacia donde la niña los contemplaba estirarse como una serpiente de luz. Tarareaban una música remota y bailaban descalzos, despreocupados, como niños recién nacidos que no tuvieran más memoria que aquel momento.

Jugad a ser sabios

El niño está dentro de ti siempre. No hagas como si no le conocieras, dale sus juguetes cuando te los pida, ¿acaso te crees más sabio cuando dice que esto es un juego?

Al qué fue, qué será

Es este rumor que no me da tregua, esta melancolía de lo vivido y lo incierto de la luz por vivir. «¿Qué fue de aquel muchacho que fui, de los días aquellos en que era posible o cierto todo y toda cosa se encontraba al alcance de mi mano?», escribe en voz baja Sánchez Rosillo, como si llamara a ese viejo adolescente que soñó y olvidó su sueño. Pero, ¡ay!, mi espíritu se alegra, porque sabe cuánta luz aguarda y que los humanos, impacientes, somos jazmines abriéndose al atardecer.

¿Y si la manzana fuera árbol y el árbol manzana...

Contemplo a Pedro ahora, con sus ojos de verde plácido y cortante azul ártico, perro que ladea la cabeza y acaso pregunta, «¿me comprendes?». Es el de siempre, el de los buenos y no tan buenos momentos; el que daría por ti su casa y al cambio se llevaría un euro si corresponde; el de grandes detalles y pequeñas mezquindades; arreglarte la vida y clavar un alfiler a modo de estoque. La duda y la confianza juntas. Mírale bien, ¿y si no se llamara Pedro? Y si se llamara como tú o cualquier otro, ¿sería él? ¿Continuaría siendo tu amigo? Si un árbol fuera nombrado manzana y la manzana fuera nombrada árbol, ¿cambiaría algo? Imagínate recogiendo árboles de las ramas, imagínate haciendo leña de la manzana caída, ¿te comerías el árbol? ¿Podarías la manzana? ¿Confiarías en Pedro si no se llamara Pedro? Si la manzana fuera árbol y el árbol manzana, ¿no serían lo mismo bajo tus ojos? ¿Cambiarías por nombrarte distinto? ¿Quién dice que Pedro es quien es? ¿Quién dice que un árbol es un árbol y una manzana una manzana? ¿Quién fue el primer ser humano que puso a las cosas nombre? ¿Cuándo y de qué modo para que todos en el mundo, cada uno en su propio idioma, reconozcamos a los árboles como árboles y a las manzanas como manzanas? ¿Cómo ocurre para que Pedro siga siendo Pedro? Siento el poder de las palabras, y me pregunto... si yo

fuera Pedro, y todos me llamaran Pedro, ¿actuaría de modo distinto a como actúo? Tal vez, pasado algún tiempo, si la manzana fuera árbol, y todos le llamáramos árbol, ¿le veríamos salir raíces? ¿Romperían ramas de su piel? Quizá ser llamado con un nombre diferente permita entender la naturaleza del otro al comportarnos como él tras ser renombrados; puede que llamarme Pedro me permita comprender cómo se mira la vida con sus ojos de verde plácido y cortante azul ártico, cómo llegan su confianza y su duda, la decisión de sus grandes detalles y pequeñas mezquindades. Y sentiré entonces que los dos tenemos dentro lo mismo, como sé que el árbol y la manzana no son sino dos partes que se llevan dentro la una en la otra, por mucho que le pongamos a cada cual un nombre distinto.

Salvad a los corazones de ser barridos

El otro día vi cómo a un viejo se le caía el corazón en plena calle. Salía del portal, cogido del brazo de una mujer, los pies arrastrados por la acera. «Papá, te llevaremos a los nietos todos los fines de semana, habrá mucha gente como tú, te harán compañía, ya verás qué bien te tratan», decía ella, y fue oírlo el viejo y salirse el corazón del pecho, como un melocotón maduro caído a la tierra. Padre e hija quedaron parados, mirando el corazón en la acera aún palpitante, poco a poco arropado por las hojas que el viento de otoño había volado de las ramas durante la noche. El anciano estiró la mano e hizo amago de agacharse, pero la hija le tiró del brazo, «¿para qué lo necesitas?». El viejo levantó la cabeza, miró hacia donde yo estaba y me pareció entonces un higo reseco a la espera de descomponerse sobre el suelo. Siguió adelante, del brazo de su hija; sus pies, dos rastrojos sobre la acera. A poco de alejarse, el basurero, al apurar su cigarro, barrió el corazón del viejo echándolo al cubo del carrito junto a su propia colilla. Me quedé quieto, mi pecho enfebrecido, imaginando cuántos corazones eran barridos así de las calles, de las ciudades, del mundo entero, como colillas, sin que nos diéramos cuenta, un día tras otro, un día tras otro...

Deshaceos de las deudas

Vino a verme el hijo de mi abuela, hecho arena al caer de un cuarto piso con dos años, antes de venir mi padre a esta realidad. «Llega un mundo nuevo, no me recuerdes, líbrate de mi ataúd y su crucifijo, el que guardara mi madre, el que te llevaste de su casa. Haz que la madera vuelva a la tierra, otórgame por fin reposo. Llega la hora de la conciencia, la llama interior, la palabra que es espacio, el desierto que hace uno el tiempo y la arena. Olvida a los que fueron y cree en los que aún son.» Esto me dijo Alejandro, mi tío de arena, y esa misma noche hice astillas el crucifijo de mi abuela y metí sus restos en el hueco de un viejo olmo. Al día siguiente, mi padre me contó que, en sueños, su madre y su hermano se despedían muy alegres dejándole entre sus manos un báculo; creyó oír risas al despertar y, al ponerse en pie, dos pájaros levantaron el vuelo desde el alféizar de su ventana.

Encontrad ilusión tras la niebla

Cuando la noche trae niebla, me hago ilusiones. De pequeño ansiaba que, tras la ceguera, al día siguiente, no hubiera colegio, ni castigos, ni peleas, tampoco niños que pasaran hambre, e incluso, tal vez, la dicha de volver a ver a mis padres juntos, yéndome a buscar al colegio para estamparme un beso de esos que iluminara el sótano donde guardaba mi corazón para ellos. Pero, a la mañana, la luz deshilvanaba las hebras que un hilandero nocturno había enredado con tanto cuidado para que nada se viera, y lo que había quedado oculto tras un velo, volvía a estar delante de nuestros ojos, aunque a veces creyera que la niebla iba a traernos algo nuevo al desvanecerse. Os digo esto porque esta noche vuelvo a ser un niño, esta noche he visto la niebla tras los ventanales subir desde las orillas del río, y apresar poco a poco los barrios de esta ciudad de neones y farolas, cubriéndolo todo con su velo. ¿Por qué no va a ser esta noche? ¿Por qué no pueda ser esta noche cuando la niebla retire todo lo viejo que tanto nos pesa? Y a la mañana, cuando nos levantemos, estemos todos liberados de aquello que nos oscurecía.

Arden hogueras en el pecho

Nada que nazca del humo habrá de arder en las entrañas. Lo que no tiene raíz, se vuela, no asciende. El juguete sin un niño no sirve. No hay palabra sin visión que la dé sentido. De la intención, solo sirve el hecho. Las piedras dejan de ser piedras cuando son usadas para cimentar los techos. Los árboles son de verdad árboles cuando observan confiados la vida que crece bajo sus ramas y dan frutos. Los hombres son hombres cuando al enemigo compadecen, al rencor le dictan olvido y al dolor despojan de sus dientes. Quién recordaría al Maestro Jesús si no hubiera sido dios siendo hombre y no se hubiera rehecho. Cuando la hoguera del corazón arde, hasta el humo que se eleva es capaz de inspirar las acciones del más impío de entre nosotros.

Del no hacer, haced fortaleza

Mi maestro dice: «Coge la espada de tu padre, cercena la cabeza del pasado, hunde la hoja de acero en los miedos, corta de un tajo las dudas, que tus manos agarren esa espada, la tomen conscientes de tu poder único y distinto como el de todo hombre, y así sostendrás la luz de tu padre, el sol hallará alba en tu pecho, Marte será gobernado». Mi maestro dice que usar en probidad la espada del padre no significa presentar siempre batalla, sino también saber retirar el manto para mostrar al otro la quietud de la espada envainada. «Gánate el respeto de tu guerrero y edúcale en la sabiduría de lo permanente.» Y vive dios que lo intento. Cuando me insultan, niego con la cabeza; cuando me abofetean, abro los puños; acuden al daño, mas ignoran que tengo en mi mano la espada, aquí justo, afilada, brillante, silenciosa, preparada. No llegan a entender mi sonrisa. Creen ser fuertes.

Sed como el mar

Quiero ser como el mar, que si me miras de lejos parezca siempre el mismo, compacto y a la vez flexible, rítmico, profundo, única piel que guarde un tesoro en su interior oculto a los ojos con que nos negamos los milagros del día, pero que al contemplar también más detenido mi paisaje, captes el flujo de mis mareas, las corrientes de temperatura interiores, yendo y viniendo, arquitecturas sutiles de mapas secretos conectados a los *quarks* de las estrellas. Quiero ser como el mar, que cuando te acerques observes los diferentes colores y tonalidades del esmeralda al índigo, que percibas la sencillez de la transparencia y el misterio de su opacidad, ver mi fondo con los rayos de la mañana y velarlo con las luces de la tarde. Quiero que cuando te aproximes no tengas miedo de ahondar en mis profundidades, y labres la paciencia de buscar el lugar perfecto para anclar tu barca y sumergirte, pues entonces te daré mis tesoros más preciados, los peces de color arcoíris, los corales bañados en luz de plata, y probarás ese plancton minúsculo que alimenta a los grandes cetáceos, la fuerza invisible que mueve las corrientes del mundo.

Presentes siempre

Afuera la llama y la vela, oigo el silencio, atisbo un ojo en mi frente y se abre la puerta de luz oculta entre mis arrugas, oscuridad disuelta, conmovida por el aire que se aúpa del vientre. Las manos arden. Hebras de objetos, realidad que tiembla, mares violetas surgidos arrebatan el espacio a este silencio solo roto por la voluntad de mi corazón en ser escuchado. Otra puerta que se desvanece, la llama ya latiendo dentro, tras los párpados, moradas aún no visitadas se iluminan, estancias no descubiertas aparecen y, de vez en vez, una flama difumina un velo sombrío cerniéndose.

En este cielo de relojes reventados cruzan también nubes de imágenes fugaces que fustigan la calma, y llega el frío, repentino, la llama interior tiembla, y las posibles dichas de otras moradas y estancias nos abandonan como fantasmas de horizontes irredentos. Los violetas, difusos, huyen tras la puerta de luz que se cierra y la oscuridad del cuarto aplasta su cuerpo contra los pliegues de mi frente. Las manos dejan de ser aire y fuego... regreso... las nubes ocultan el sol al ojo que habita en mi frente. Pero en el término, sé que está allí, aún al borde. Y la fe toma cuerpo, se hace suelo que evita la caída. Ciego estaría si no sé que otro silencio, otra llama, habrá de venir, siempre.

Conscientes del cambio

El metal debe estar sometido a la carne, obedecerla, no acercarse mucho y solo cuando sea estrictamente necesario; si lo invade, hay un profundo quebrantamiento de la ley, es el final de la carne.

GUIDO CERONETTI

«No quiero automatismos, quiero un coche manual», le espeté al vendedor. «No sé si se da cuenta, pero el automático le permite mayor control, es más cómodo, y cualquier novato no tendrá problemas con el coche, va como la seda», me contestó el comercial con una sonrisa cómplice. «No, de verdad, se lo agradezco, quiero ser consciente de cuándo cambio de marcha, sentir cuando meta segunda, tercera, cuarta, la liberación de quinta, o más allá aún, la sexta. Y si alguien que lo coja no tiene práctica, que aprenda a calcular la velocidad y las revoluciones con las que cambiar de marcha, que transmita la energía de su mano al coche y haga de cada decisión un momento mágico», le dije al comercial mientras acariciaba el volante. «Esa es la sal del conductor, eso es disfrutar del coche. Apurar o no las curvas, acelerar o frenar», añadí a los ojos del hombre aquel que miraba con los suyos muy abiertos tocándose el nudo de la corbata... «Vaya, a mí no me tiene

que convencer, oiga, aunque este automático, fíjese qué diseño, qué lujo, qué amplitud... es lo más», carraspeó el comercial tras echar un vistazo al reloj... «Oiga, no voy a comprar el coche para aparentar; con que cumpla la misión para la cual lo compro, es suficiente. He visto cómo la comodidad convierte a los hombres en títeres, ¡he visto a mi padre usar su coche automático para ir a comprar pan a la esquina y, poco a poco, dejar de andar hasta sufrir un infarto!», apreté el volante, el vendedor dando dos pasos atrás. «¡He visto cómo de pequeño con la calculadora olvidaba las matemáticas por obtener un resultado más rápido!... ¿Ese es el automatismo que me vende?, máquinas que forman hombres ebrios de inconsciencia, que funcionan con el piloto encendido... Es como si hubiéramos sido consumidos y poseídos por los objetos, incapaces de decidir en conciencia si abro una puerta del coche para ir a alguna parte o no la abro. Si sigue esto dimitiremos de nuestra responsabilidad como humanos». Otros dos empleados me miraban como si fuera el Brad Pitt aquel de *Doce monos*, descerraja que descerraja sus locuras. El vendedor más alto se agachó sobre el coche: «No tenemos todo el día, ¡no estamos aquí para oír chorradas!, ¿quiere el coche o no?». Resbalé los dedos por el volante, salí y me hice sitio entre los dos tipos. «No. No quiero esto. Seguiré buscando.» La luz me cegó cuando salí a la calle. Entreabrí los ojos y extendí las manos para sentir la tibieza del sol. Respiré profundo una, dos veces, tres... Miré hacia delante y decidí comenzar a andar.

Coged de la mano al niño proscrito

Alguna vez oigo a mi niño llorar aquí dentro, le oigo quejarse como años ha, cuando sentía vergüenza de jugar, reír, hablar y hacer las cosas para las que había venido al mundo. Y entonces sé que requiere mi sonrisa, mis cariños, mi confianza. Hace tiempo, cuando mis padres separaron sus caminos, recliné a mi niño en un sótano, le dejé una sola ventana para ver el sol cuando más luz necesitaba. Aquella claridad era su horizonte, por allí le entraban las palabras como rachas de viento, hojas caídas de árboles lejanos. Antes, con un mes, aquel niño sonreía hasta en las fotos donde no era visto, amanecía con sueños bisiestos, bailaba delante de multitudes como si no hubiera nadie delante. Poco a poco, el miedo, la desconfianza y la soledad del afecto dejaron a la tristeza invadir su corazón, y ocurrió entonces que fue trasladado de su habitación colorida y luminosa al sótano. Allí permaneció años, solo salía de vez en vez a robar latidos de otros corazones para animar sus propios latidos. Y cuando me lo llevaba de vuelta al sótano tras haber acariciado el gozo, cómo lloraba más tarde y vibraba y se conmovía. Ahora quiero consolar a mi niño, quiero darle la mano para que allá donde vaya me acompañe, suya será la mejor habitación de la casa, abierta de ventanas, espaciosa, pintada como un arcoíris. Vamos, niño mío..., ¡perdóname!, ¡ven conmigo!, dame tus manos de mago, tus ojos de oráculo, tus corazo-

nadas; entrégame tu alegría todos y cada uno de los días; sé el consejero que vierta en mí palabras de verdad, porque a ti, mi niño, no te importa quién mire o quién enjuicie, tu alma está libre de impurezas y solo yo, solo yo, te he maltratado con mis miedos.

Sin temor derribad murallas

¡Toquen las trompetas!, ¡abajo las murallas! Jericó, Jericó, Jericó, tú, tú y tú..., hora es ya de acabar con los penares del hombre, hora es ya de darse a los desconocidos, de encender el farol en medio de este mundo antiguo por quebrarse, ya es tiempo de desabrochar los botones de la camisa y ofrecer el esternón desnudo; hora es ya de no tener miedo a la espada, de no temer dejar de ver la efigie del billete, de no echar la culpa al otro, de no envidiar al prójimo por hacer algo que no fuimos capaces de hacer. Los altos muros de las fortalezas pretendían protegernos de los peligros de fuera, pero la historia enseña que las grandes ciudades amuralladas fueron entregadas al saqueo y la destrucción gracias, la mayor parte de las veces, a alguien que vivía dentro. Quien solo se ocupa de levantar defensas extramuros y olvida revisar su estado interior, bien está enfermo de soberbia o bien tiene tanto miedo a un mundo donde armaduras y murallas no sirvan, que prefiere encerrarse a esperar enemigos que pasen antes sus adarves para ser nombrados. Ya no necesitamos arquitectos de lienzos, empalizadas, murallas y muros, sino constructores de puentes para unir orillas, hemisferios, manos, discursos, bocas. Y quien no entienda desde su yo más profundo que la vida ya *no es un valle de lágrimas*, estará perdido en el interior de su Troya, sepultado ante el espesor de sus piedras levantadas, solo en su dolor por los siglos de los siglos, condenado a morir todas las veces, alejado de la libertad del campo abierto, de la alegría al despertar un sol sin tapias.

No os fiéis a las máquinas

... ahora los poetas no son más que ese que tan solo tantea en el vacío creado por la técnica y por la destrucción de la vida que esa técnica ha generado en la superficie de la tierra.

GUIDO CERONETTI

Muchacho, no te lo dijeron, ¿acaso no sabes que no es posible ir de red en red porque siempre estarás preso? ¿No te dijo nunca nadie que al ir de pantalla en pantalla muchos se convierten en espejos? Debes saber de aquellos que conociste, jóvenes reflejos de sí mismos que cambiaron los rostros por estaño y dejaron a sus dedos la ilusión del cristal en el tacto: rendidos al cómo sin entender para qué. ¡Míralos!, sonámbulos, entregados al poder de su dios afanado en labores de análisis y juicio, a la izquierda de su cráneo. Crees viajar y en realidad permaneces donde estás. Crees estar en camino y te empeñas en golpear tu cabeza contra el muro de piedra. Te sientes voz del mundo capaz de saltar distancias increíbles por oír tu eco en el otro y sabes menos de ti mismo y tu prójimo que nunca antes. Somos serviles perros llevados de la correa por nuestros móviles. Muchos en estos tiempos de confusión nos damos a lo cómodo, mirarnos en pantallas y como nuevos Narcisos sentirnos orgullosos de nuestros progresos. Me contaron que en Japón una encuesta dio el dato de que el cuarenta

y cuatro por ciento de los jóvenes no tiene alma. Vagan, sin corazón ni cabeza, por los vagones del metro, autómatas sentados mirando embebidos sus teléfonos o computadoras y, al llegar la parada, bajan empujados por un resorte, olvidados de la gracia de sus *koans*, la armonía de sus *haikus*. Me dicen que en China pronto solo algunos iniciados sabrán del secreto de la flor de oro. Aquí, en Occidente, otros buscan el amparo de los antiguos dioses e invocan a los durmientes filósofos antes de Sócrates, *iatromantis* que curaban a través de los sueños, pero algo nos está advirtiendo el mundo onírico que no entendemos. Ideamos tecnología para un día a día que alimenta el ruido del modelo, pero no nos damos cuenta que manejar los silencios de estos aparatos es lo que nos proporciona la dicha del reposo. No olvidéis que nuestro ser durará siempre, pero no aquello creado desde el pensamiento. ¿Por qué queremos continuar negando lo que somos? Hacemos, y hacemos, vano intento de seguir siempre adelante, siempre huyendo, sin querer interrogarnos por el fin. Hora es ya de postularse. Hora es ya de cogernos el alma con las manos y darle un sentido. Apaguen máquinas. Dejen al barco flotar en el río balanceándose con la corriente...

Mirad a los ojos al desamparado

Cuando sonríes al conductor de un autobús o a la taquillera del metro y les das los buenos días; cuando cobijas bajo tu paraguas a quien se empapa con la lluvia; cuando sostienes los bártulos al que no es capaz de abrir una puerta; cuando en lugar de colgar al que llama para venderte algo le das palabras animosas; cuando charlas con el vecino porque te das cuenta de que solo con escucharle brota la luz de sus ojos; cuando te olvidas de los sinsabores que achacas a otros y asumes tu parte; cuando al que se ha caído le ayudas a levantarse sin juicio; cuando señalas el camino a un despistado; cuando a pesar de ver la tiniebla del caminante que pasa a tu lado te acercas y posas tu mano sobre su hombro; cuando haces estas cosas por el más pequeño de mis hermanos, entonces las estás haciendo por mí.

Rendíos a vuestro silencio

El silencio suena dentro, como el fleco de una nube al rasgar el aire. Mas el pensamiento ensordece, como ensordecen las planchas de metal al caer sobre otras planchas de metal. Y entonces, como sonajeros, recorremos distancias sin saber de nosotros, sordos de amor por esa voz íntima, a la que, después de mucho no escuchar, ya no se oye... Y quizá, un día, nos demos cuenta de que, cuando creímos recorrer el mundo entero, estábamos de pie en el mismo sitio, con los zapatos desgastados, y solo entonces nos paremos, rendidos al desconsuelo, y sea entonces cuando de la propia compasión surja el silencio y oigamos el murmullo de nuestro ser herrumbrado alzarse, por fin, desde las profundidades del alma.

Lo importante no es dejar huellas

A veces nos creemos únicos. Nos sentimos importantes por la huella que dejamos en el otro. A veces tienen de nosotros memoria porque abrimos en ellos una herida del tamaño de un desierto. Otras veces nos sentimos importantes cuando aspiramos a ocupar en los corazones de los demás plazas fuertes que nos den una victoria: el primer beso a aquella chica que no olvida; el abrazo que un hijo solo me otorga a mí; el amigo al que le confiesan todo... Decía Robert Walser que «si nos comportamos debidamente dejamos menos huella en las almas». Cuántos no recordamos a tantos que pasaron por nuestras vidas dejándonos ser quienes realmente éramos, cuántos hemos olvidado a los que nos dieron la libertad de buscarnos en las victorias y en las derrotas, a aquellos que desaparecieron por propia voluntad, alojándonos solo una semilla de la que, al poco, como por obra de magia, brotaron tallos, flores y, por supuesto, frutos. Qué difícil es ser único, qué difícil es ser únicamente de uno mismo. La importancia estriba quizá en no dejar huellas y que de ese modo se lleve a cabo la gran obra de ser cada uno solo el que es.

Jened presente vuestra parte oculta

Ahab, desde que tenía uso de razón, perseguía a aquel monstruo blanco. Allende los mares más turbulentos, descuidado de los remolinos más feroces, navegaba con su arpón preparado en busca de aquel leviatán que le había arrebatado una pierna. Enterado de la pretensión de aquel capitán conocido en todos los mares, subió a bordo del Pequod un tal doctor Jeckyll, durante uno de sus recales en Samoa. Tras cruzar el Cabo de Hornos, Ahab, una noche de debilidad, dolorido de su pierna amputada, llamó al recién embarcado doctor para que le inspeccionara el muñón. «¡Doctor, lo grave no es que me duela la parte que me queda, sino la que no está!» Jeckyll le lanzó una mirada de aprobación. «Le comprendo, capitán...; a mí también me duele la parte oculta.» Días después, al acercarse la posibilidad de avistar a la ballena blanca, el doctor se dio cuenta del remolino en que Ahab envolvía a la tripulación, la energía y rabia que propagaba a todo el buque como una sacudida eléctrica en pos de atrapar el monstruo. El doctor fue testigo de la intensidad de esos ojos envelados y proyectados al mar en busca del gran lomo blanco. Y se vio en el espejo de su cuarto, alguna noche, con aquella misma opacidad y ese filo en los ojos. Tras asistir a varios intentos en vano del capitán por dar caza al cetáceo, Jeckyll desembarcó para regresar a Inglaterra. Quizá, de toda aquella bús-

queda de la pierna amputada de Ahab, lo que al doctor le atemorizaba más era la posibilidad de hallar a la ballena blanca resoplando entre la niebla londinense.

Sois faros para los que os siguen

De noche, al subir las escaleras que llevan a casa, me doy cuenta. ¡Cómo se ilumina la oscuridad al entrar en contacto con la luz! Tan sencillo y tan olvidado... Los tramos de escalones los asciendo sin dar al interruptor, acompañado solo por la claridad proyectada tras los cristales de las ventanas, la trama de tiniebla destejiéndose, tan desgarrada que, al enfocar los ojos, a uno le es ya fácil distinguir los escalones, la barandilla, las paredes, los felpudos, las puertas del vecindario. Sé que el espíritu de la luz siempre anega la penumbra, como las gotas de agua permean la tierra y se introducen hasta sus mismas entrañas. Así hace el fotón. Abre las tripas de la sombra, integrándose en ella para hacer de la penumbra un punto de encuentro, un cuerpo en el que no distinguiríamos la naturaleza de la sombra sin advertir la luz en cada una de sus partículas oscuras. Esta noche de escaleras, como os digo, al llegar a casa, no me va a costar meter la llave en la puerta a pesar de la aparente oscuridad. Al cruzar el umbral, entiendo cómo cualquiera que suba tras de mí será capaz de seguir mis pasos, porque la luz que entra ilumina la sombra, haciéndome visible a cualquier otro que quiera seguirme.

Acariciad las aguas del miedo

El miedo habita aún dentro de mí. Siempre atranqué la puerta con cerrojos y trancas de metal, pues cuando era niño creía dejarlo así fuera de la casa para que no se deslizara luego hacia mi cama, sediento de luz a la noche. Ese miedo que tengo a veces me asfixia, llega desde el estómago y anega mi pecho, nubla el corazón y toma la garganta, coarta la respiración y duerme brazos y piernas. Vive para conseguir que muera. Su movimiento consiste en mi parada y su fuerza aflora mi debilidad. A su pesar, sé que en estos tiempos, como los coletazos que dan los cocodrilos antes de partir a una morada donde los dientes solo sirvan para desgarrar nubes, la desazón que hiende en mí tiene los días contados. La soga del ahorcado ya ha sido vencida desde el árbol. El mundo se despereza y el miedo se acobarda, porque ve la mano del hombre apretar los vientres para deshacer, por fin, todas las iras. He visto a ese animal gruñir dentro de mí y en otros como si hubiera salido del fondo de las grutas más antiguas, aquellas en las que la luz solo entró el día del génesis, y le he visto dejar en sus rincones las bestias más terribles con la misión de ponernos a prueba y morder con sus aullidos de loba la quietud de nuestra casa. Pero ha llegado el tiempo de sanar a los animales más despiadados, ha llegado la hora de invitar al mal a comer en la mesa, de tratarle con cortesía, de hablarle de las promesas que traen los mañanas, de los jardines que

se humedecen con la noche, de la belleza que hay incluso en las garras. Y los gruñidos de la bestia serán inaudibles, y tú irás a acariciar a ese lobo, porque sabes que habita en ti, y le darás las gracias por haberte llevado hasta este momento, y le pondrás la mano en la boca sin temer el mordisco, y verás cómo te olfatea, y su lengua mojará tu mano, y sabrás que el tiempo del miedo ha pasado, como cuando la oscuridad moría al encender la luz siendo niño.

Orgullosos de ser puente entre orillas

La sombra está a la puerta de casa. Mírala cómo lleva tu nombre en la frente. Es la señal de Caín. Y al verla yerras, porque tú yerras mucho cuando vuelves a las pequeñas muertes de tu martillo rompiendo las alas de los que, un día, quisieron volar. Y te sabes al que dicen Dios rogando, y te sabes con lo que llaman mazo dando. Y la voz de muchos clama desde otras orillas, y el lecho de esos ríos fluye, aún, a la espera de que te bañes en sus aguas, y ejerzas la fuerza de no hacer, de tu no querer llevar la bandera de la victoria sea en luz o en oscuridad. Aprende de los pactos, de las señalizaciones, aligera el gesto, tiende puentes a mares de otras latitudes para que conecten con el tuyo. ¿No te dijo nadie que los puentes permiten el paso de una a otra orilla? ¿No te dijeron que ser puente para ser pisado por otros es servir de conductor a la luz?, ¿que las orillas sin puentes son rostros que viven sin mirarse?, ¿que por los puentes las sombras cruzan a indagar en su otro lado al amanecer?

¿ Dad gracias por todo, como este humilde carpintero

Gracias a ti, a ti y a ti. Gracias a la vida por haberos puesto en el camino. Gracias por haber asumido la dicha de llenar mi presente con vuestros rostros, vuestras palabras, las acciones con las que dais fe del arca guardada en vuestro pecho. Gracias al miedo porque me hace más voluntarioso y consigue que redoble mis esfuerzos en profundizar hasta el hueso de la fruta, allá donde las leyes del karma quedan limpias para que los hombres renazcan a su propio vientre. Como hace mucho, aquel carpintero que, cansado y cabizbajo, regresaba a la casa donde su mujer y dos hijos le esperaban tras siete días ausente. Imaginaros a ese carpintero sudoroso, mirando al suelo, que lleva de la brida al asno, sin creerse aún que una familia acaudalada le haya pagado con la mitad de lo convenido solo porque una alacena del pedido tenía un golpe sin importancia. Ha dado toda clase de explicaciones, aunque el mueble estaba en perfecto uso, pero la familia no ha atendido sus razones y le han pagado solo la mitad de lo convenido. Por eso, de vuelta a casa, si le estáis viendo, camina con la mirada gacha, encenagado en sus pensamientos. Una voz eleva su barbilla. Un hombre de negro y tapado por un turbante descansa bajo una higuera al borde del camino. «Siéntate, reposa hermano de los sinsabores aquí conmigo», le dice. Nuestro carpintero da las gra-

cias al extraño por el ofrecimiento y otea en los ojos del desconocido, oscuros y a la vez familiares. Embrida el asno en la higuera y bebe un trago que le ofrece el hombre de un odre. «No te han dado lo que esperabas, ¿verdad? Siempre es lo mismo», le dice haciéndole un gesto para que beba más. «Son unos desagradecidos, tú dejándote la vida, tus huesos, respirando virutas y serrín, para que otros disfruten el fruto de tus manos y te humillen. Es el oprobio, la deshonra, y no es la primera vez que te pasa.» Imaginaos a nuestro carpintero pasándose la mano por los labios, sin acertar a comprender cómo ese hombre sabe, aunque lo que dice le frunza las entrañas, y por eso no abre la boca para contestarle. «No es justo para ti, merecen una lección, merecen sentir tu enfado, ¿no crees?», se le queda mirando esperando una respuesta. «Quizá tengan ya suficiente con ser tan exigentes. Han de ser muy infelices estando pendientes de la perfección en tantas cosas...», contesta el carpintero al hombre, que le mira sin inmutarse, esforzándose en apagar el incendio de sus tripas, os lo aseguro. «No, prefiero no odiarles. Poco se quieren a sí mismos con tantas preocupaciones. Yo disfruto sacando muebles y juguetes de lo que esconde la madera», consigue añadir, y le encoge los hombros al desconocido, que le enseña ahora, sobre la palma de su mano, una bolsa llena de diamantes. «Esto será tuyo si quieres. Solo tienes que tomarlo de mi mano y dejarme el asno. Iré hasta tu familia y les contaré una historia por la que no te guarden rencor. Te prometo que no les faltará de nada, te despreocuparás el resto de tus días y podrás mirar por encima del hombro a esas familias que te deshonraron.»

Los ojos del desconocido son dos carbones en llamas mientras le tiende la bolsa en su mano. Seguro que veis a nuestro hombre dudar como yo le veo. Los diamantes brillan y en su superficie está escrita la fuerza de las rocas. Se imagina viviendo como nunca, rodeado de mujeres y riquezas, haciéndose obedecer aquí y allá como mensajero del bien que a otros no les es dado..., pero oiréis a su estómago aullar al volver la vista hacia el norte, donde quedan su familia y las maderas a medio trabajar. «No me deshonraron todos los ricos que me hicieron encargos, porque hubo quien me lo agradeció y me dio más de lo acordado. A veces nos dan una cosa y se llevan otra, y nada se puede hacer porque es la voluntad del Altísimo, pero hay otras veces, como ahora, que tú me das una cosa y te quieres llevar otra, pero yo sí puedo decidir con lo que quiero quedarme y de lo que quiero quitarme», dice, tranquilo, este carpintero sudoroso y de frente arrugada. «Y elijo seguir mi camino hacia el norte, porque ante el abrazo de mis hijos cuando llego tiznado de blanco por el polvo, nada pueden esos diamantes, y ante las líneas de la mano de mi mujer confundidas con las mías, esas joyas son una promesa vacía.» Os podéis figurar el ceño del desconocido y sus ojos entornados aún más opacos. «Seguiré puliendo la madera para que sea útil a los hombres», apostilla nuestro hombre. «Con poco te conformas», le responde el desconocido, vestido de oscuridad, con palabras que, alguna vez, se ha dicho a sí mismo. «Esta vez decido con qué quiero conformarme. Es lo que tiene el corazón, que se conforma con amar lo que ama», y al decir esto, nuestro carpintero clava sus ojos en el norte como las mon-

tañas clavan sus faldas en la carne de esta tierra. Al instante, el desconocido desaparece, como un mal sueño se esfuma al abrir los ojos. Hay quien dice que dejó su bolsa al lado de la higuera, junto al asno. Otros niegan tal benevolencia en la sombra de aquel aparecido. Lo que sí podemos creer es que el carpintero llegó a ser uno de los hombres más prósperos de toda la región. Y hay incluso quien, tras oír esta historia, tiene fe en que nuestro hombre llegó a ser feliz.

Vida

Oh, que el hombre reciba con más humildad este secreto del que está llena la tierra hasta en sus cosas más ínfimas.

RAINER MARÍA RILKE

Gota y océano eres

Cuando la lluvia tamborilea en las ventanas, una parte de mí cree que esas gotas son las mismas de antaño, que no merece la pena asomarse a ver gotas de agua caer una tras otra, disueltas en la tierra como espejos inútiles. Pero la otra parte sabe que esas gotas no son las mismas de otras veces. ¿Acaso no han viajado de un estado a otro? ¿No hace eso ya que sean distintas? Contemplo cada gota al soltarse del vientre de las nubes y siento que tienen un propósito, como lo tiene cada una de esas nubes y cada palmo de tierra que riegan; por eso cada gota caerá siempre donde debe, en el lugar justo, y de algunas crecerán lirios o acacias, y de otras evaporadas poco a poco de las aceras se volverán a crear más nubes, y aumentarán el caudal de los ríos, y cuántas más no darán de beber a los sedientos... Pero ninguna, ninguna, se perderá. Toda gota tiene su fin, su sentido, su parte de maravilla. ¿Y qué somos nosotros, sino agua cosida en nubes de carne?

Sueño de mariposas, flores y lunas

La primera mariposa que llegó a la Luna lo hizo volando. Fue de una flor a otra, como siempre. No sabía hacerlo de otra manera.

Fluye como abeja, viento, marea

Sé agua, derrámate sobre la tierra, no importa por dónde pase el cauce, no conoces dónde acaba, preocúpate solo de estar, sé corriente. Siembra tijeras que corten los hilos de oscuridad de tu jardín. Deja crecer árboles que den sombra, tumbate sobre esa sombra en verano, cuando la luz sea más intensa, y conviértela en lugar de descanso; a las raíces otórgales tu abrazo, pero no te dejes convencer por su apego a la tierra; sigue a las ramas por el aire, elévate con el tronco a las alturas, sé hoja con tus hojas, sé yema con tus yemas, sé la savia que circula bajo tu corteza. Sé el que eres. Deja de dar importancia a tu jefe cuando te lleve la contraria, a la reprobación de un amigo al que dijiste no cuando tu corazón te lo dictaba, al no vayas de los que dicen que te quieren cuando decidas ir por donde ellos no osaron, a quien te promete amor si acatas reverencia a su mundo. Fluye, fluye, fluye, sé abeja, sé pájaro, sé viento, sé ola, sé marea, sé agua que renace del agua; no estés nunca sediento, porque solo están sedientas las sombras del Hades, aquellas a las que les está prohibido el regreso. Sé cada vez lo que eres como los planetas son los planetas describiendo sus órbitas, como las constelaciones arropan la luz de sus estrellas, como las galaxias acogen a planetas, estrellas y a su materia oscura. Sé lo que eres como los *quarks* son partes de los átomos, los átomos conforman galaxias y estas te contie-

nen a ti, que también, de algún modo, no eres más que una revolución de átomos, con tu parte de estrella y tu materia oscura, plan universal al que quisimos encomendarnos.

Advierte señales en el vuelo de las gaviotas

Me levanto trastornado, sin dormir bien. Los sueños me traicionan. Pongo el pie en una de esas mañanas de otoño en las que nubes de plomo cuelgan como si fueran a lanzar su dedo de luz para juzgarnos. Me cuesta dar gracias a la vida por permitirme estar en pie una vez más. En la parada del autobús, sin saber por qué, miro al cielo. Y sucede el milagro: bandadas de gaviotas sobrevuelan el gris de las nubes en forma de bumerán, ausencias exactas entre las puntas de sus alas, sostenidas en el aire portan ordenador de vuelo y medidor de distancia, hilando un dibujo perfecto en las alturas, contenidas en un mismo diseño capaz de reordenarse en movimiento. Me digo que es la señal buscada por los arúspices miles de años atrás en cada ave que surcaba los cielos. Un suspiro, soy más consciente de mi respiración, un rayo sale bajo mis pies pegándome a la tierra, la punta del mismo rayo asciende uniéndome al cielo, y esas plumas rozan mis dedos, haciéndome, de algún modo, formar parte de ese orden que me da sosiego. Tengo ganas de dar las gracias. Es como si por obra de un titiritero invisible que manejara esas figuras allá arriba, los de acá abajo nos sintiéramos más seguros al darnos cuenta. Así es. No os cuento historias extrañas. Es hora de dar las gracias.

Haz de arañas, lagos y montes tu familia

Mi familia no es más que una estrella, un monte o un lago. Mi familia teje la misma red que la araña, duerme bajo el mismo techo que el océano, se duele de la misma yunta que el buey, su saludo el mismo de la aurora, su adiós el eco del ocaso... Mi familia ulula igual que un sauce a la noche junto al río y besa las piedras de la ribera con sus labios. Mi carne huele a cabellos de mi madre cuando me tumbo junto a las raíces de una encina, mi padre se yergue infinito cuando abrazo el tronco de cualquier árbol. La locura llega, cómo no, del cielo, pues quien diga que en mi familia no somos águilas, no sabe nada de los milagros que surgen cuando uno entiende que es dios.

Son tu cuerpo y tu mundo recipientes sagrados

Lao Tse canta: «¡El mundo es un recipiente sagrado, el mundo es un recipiente sagrado!», los pies hundidos en la corriente del río, la mirada en las cumbres de las montañas cuajadas de nieve, el sol aupándose en las fraguas del cielo. El agua, fría y revoltosa, hace cosquillas a las manos de Lao, apoyadas en la hierba aún húmeda del rocío. La luz le ciega unos momentos, justo cuando más nítido se hace el piar de los pájaros, su inspiración suena entonces como canto de mirlo, su columna al estirarse parece un junco. Lao no necesita recordar que *el mundo es un recipiente sagrado*, pues lo lleva consigo a cada pisada, cada palabra, cada gesto, cada respiración. Es un templo y una ofrenda. Tan sagrado como lo eres tú también.

No dejes de escuchar nunca a la Tierra

A Antonio Ferrer.

Estoy a salvo, en casa, la calefacción a veinticuatro grados, leyendo confortable, ajeno al cielo que se oscurece, al mundo que rebulle fuera, a poco más de un kilómetro, en plena Gran Vía, hormiguero de deseos y pensamientos efímeros en el ecuador de diciembre. Y no puedo evitar la inquietud. Me asaltan recuerdos inmemoriales, de un pasado tan remoto que soy incapaz de comprender en él mi existencia y, sin embargo, allí está, tan presente como este momento en que escribo. Veo mamuts atronar en carrera las llanuras blanqueadas, rinocerontes lanudos templan sus cuernos en los carámbanos, megaterios elevados sobre dos patas para alcanzar las copas de los árboles con sus lenguas enormes, osos de las cavernas gruñir al salir de la oscuridad de sus letargos. Y algo más lejos, nosotros, hombres desarmados correr tras los animales, contagiados por un instinto que los insta a ponerse a salvo. Las nubes, densas como mares de alquitrán, parecen a punto de reventar sobre este mundo en huida. Todas las bestias vamos hacia las zonas altas de la pradera, lejos de las torrenteras y el cauce del río, allí nos apretamos unos contra otros, y noto el temblor que late tras el pelaje de un oso, me salpican las babas del mamut que resopla, pero no tengo

miedo, porque siento que cada uno somos parte de un todo que nos une, de una obligación mayor que cualquier otra cosa. Es entonces cuando una vibración que conmociona sacude nuestros pies y un océano de agua comienza a verterse desde los cielos. La tierra se estremece, aparecen grietas que rompen los ríos y las praderas se llenan de agua que lo inundan todo. Desde nuestra atalaya, la burbuja de calor formada por los pelajes de los animales nos protege del viento helado del oeste. Miro a estas criaturas y me llega un sentimiento de pertenencia al átomo de vida que hemos forjado. Y ese romperse del mundo, allá abajo, no me asusta, como otra ola más del mar insondable que habita en nosotros. Y ahí estoy, en mi sillón, a veinticuatro grados, cuando vuelvo la vista a las líneas del libro, que me resultan extrañas, como esas multitudes arracimadas en grandes centros a la toma de fugaces decisiones. Y la inquietud quiere abrirse paso, porque tras la ventana las nubes asemejan barriles de brea, y noto la cercanía de una gran onda que clama desde lo más profundo de la Tierra, y sé que donde todos están ahora no habrá altura que los ponga salvo, no oirán esa voz interior que nos llevó con los animales, hace tanto que ni siquiera sé si forma aún parte de mi memoria. Sé que fue cuando, de alguna manera, se reordenó nuestro mundo. Por qué voy a tener miedo.

Mira cómo caen los decorados

El biombo que nos separa de la realidad se hace jirones y por sus holguras somos capaces de ver qué se nos ocultaba. Tu vientre suena como la corriente de un río y el sueño se ofrece a tu materia. Un grito interior halla en los ojos el engaño de la historia. Mirabas solo donde te decían, veías solo aquello que creías estar preparado para ver. Murmuraban que más allá del biombo solo habitaban abstracciones inventadas para que el hombre tuviera un misterio, una posible revolución invisible que solo fuera posible sin testigos. Ahora el biombo se resquebraja, y contemplo a un hombre romper una lista donde están escritas todas sus creencias, y después echarse a las montañas para construir desde el grano de tierra sus pisadas. Más allá de esta realidad, tras el biombo, la gente no espera el mañana, disfrutan de cada andanada de aire, de cada palabra pronunciada, de cada sorbo de agua, de cada sonido que arrebataban al silencio, del placer que entregan. Al otro lado del biombo, cada día es otro infinito cuando uno se respeta.

No encontrarás soberbia en lirios y aves

A Søren Kierkegaard.

La luz es para el hombre. La semilla o el megalito, la escalera nos fue dada. Y además, la sombra de la altura, cuyo nombre es soberbia. De las ramas al suelo, cercanía de tierra, lejanía de cielo. La dualidad y su elección. Vibramos como la pradera al ser pisada, conturbados cual agua de estanque al arrojar una piedra y sentir su onda, estremecidos como la hoja silbada por el aire, crepitados cuan leña en el fuego. Y así nacimos, y así vivimos. Queríamos sentir como cuerpos encendidos, por eso inventamos la hoguera; reunirnos en noches glaciares y contar historias, tentarnos los ojos y adquirir lumbres de conocimiento. Y estábamos satisfechos, o eso creímos, mas la sabiduría habita en la mirada que deja hacer al fuego, no en la ansiedad de la lengua y los labios. Cuando fuimos muchedumbre, olvidamos que eran necesarias ramas para alcanzar el cielo, envidiamos a los pájaros, nos juzgamos sin alas, y construimos torres hacia el ascenso y nos aislamos de *los lirios del campo y las aves del cielo*. Dejamos de hablar una sola lengua y los otros se nos volvieron extraños. A la unión sucedió la frustración de la búsqueda por lo perdido. Ahí seguimos, devenidos en espejos y anhelos, a la busca de la luz

de la hoguera en las pantallas: ordenadores, móviles, iPhones, iPads, ebooks... Y no nos damos cuenta de que tras el brillo solo hay un reflejo, porque las cosas que importan las tenemos nosotros: la tristeza que cala los huesos a la noche al tender un brazo y estar solo; la palma de nube de un niño acariciándote el rostro por la mañana; el calor del labio que te ama; el cielo azul tiznado de golondrinas una tarde de verano o la mirada de un ser querido esperando su marcha al otro lado. Desesperados, sumergidos en estas pantallas, al encuentro de mensajes fugaces que transmitan una vida eterna, no somos más que un suspiro de *software*. Te conviertes en una sucesión de aplicaciones repetidas sin cesar. ¿Por qué no comprendemos que todas las pantallas se romperán en pedazos al caer de nuestra mano? ¿Que de un cristal roto jamás brotó nada en la tierra?

Cada brizna de hierba ocupa su espacio

Ningún pensador osaría decir que el perfume del espino blanco resulta inútil a las constelaciones.

VÍCTOR HUGO

¿Alguien osaría decir que la risa de un hombre no sirve a otro?, ¿que no sirve una lágrima para drenar ciénagas del corazón?, ¿que no sirve un solo trino de jilguero para animar un despertar?, ¿que es inútil la calidez de una mano a tiempo en el hombro para seguir confiando? ¿Acaso fue en vano la muerte de un ciervo de espléndidas astas para que un niño, hijo del cazador que apretó el gatillo, lo admirara en su profunda belleza y equilibrio, y pusiera fin en su estirpe al sino de esa escopeta?, ¿y cuántos ciervos, lobos, osos, y demás animales serán salvados tras ese día?, ¿y cuántos más hombres podrán tropezarse entonces con esos animales para admirarlos?, ¿y no será todo esto un propagar de la luz? Otro ejemplo: ¿puedes negar al caminar tranquilo por un bosque que el aroma de la jara, el romero, los pinos o el espliego no te traen, cada uno, un gozo único?, ¿y negarás que por sí solos esos perfumes puedan alegrarte y al ver más tarde a tu amigo, tu mujer o tu hijo, no compartas, casi sin darte cuenta, con amabilidad y cariño,

esa alegría que dejaron en tu alma como estelas las fragancias contenidas dentro de aquel bosque?, ¿y al hablar a tus hijos de esas esencias la verdad que resplandezca entonces no sea otra que, como la nieve, se funda dando bien a los frutos que lleguen?, ¿y no se beneficiarán de ello tus ocupaciones, tu casa, tu familia, amigos, los seres que vengan?, ¿y no lo harán también la tierra en la que vives y el cielo al que miras?, ¿y no serán de ese modo las constelaciones miradas con la armonía original que sentiste dentro de ti al inspirar esos perfumes, devolviéndote ellas esa misma armonía? Ya nunca dudarás, después de esto, que el alma de una flor, recogida en su aroma no es sino un brote del espacio que contemplas a la noche, tórrido de luz por las estrellas.

El amanecer hace invisibles estrellas que ves a la noche

Dijo un maestro que «el Tao no está en los objetos, pues apagan la luz del alma». Un día vi a un hombre, sentado en su despacho, enrabiado porque había perdido su móvil. También supe de un gran ejecutivo que, tras romperse una costilla haciendo esquí, tuvo que estar en cama quince días y decidió entonces hacerse acompañar al lecho por todos aquellos dispositivos que le permitían seguir en contacto con su negocio para mantener el control. Estos hombres tienen en tinieblas la habitación del alma porque no está amueblada más que de objetos. Supe de otro que perdió toda la información que tenía en su portátil y, tras escapársele un aspaviento, a la noche, tuvo sueños donde volaba por encima de los árboles y los pájaros le trinaban al oído. Al levantarse supo que toda la información que había perdido no era importante. Lo que había perdido no tenía que ver con lo que él era. Ese hombre, amigos, entró en el alma del Tao. Nos alejamos del centro cuando en la oscuridad de nuestra soberbia queremos cortar a cuchillo los hilos tejidos por la mecánica cósmica. Somos ingenuos, ya nos advertía Parménides hace más de dos mil años que «Nunca podrás hacer un corte en lo que es, de forma que no se siga con lo que es. Los equilibrios no se tuercen. A la sístole sigue la diástole. A la expansión, la contracción. La muerte tiene tanto de vida como la vida tiene tanto de muerte. Si siguieras

de continuo llenando una habitación de objetos, llegaría un momento en que no podrías abrir la puerta y la estancia quedaría inutilizada. Habrías de vaciarla de nuevo para darte cuenta de todo el espacio que había y poder dar entrada de nuevo a algo.

Déjate a la voluntad del sol

¿Alguna vez confiaste en ti mismo? Y no me digas claro, cuando conseguí esto, y esto, y luego esto otro... No, no me digas eso. Te pregunto si alguna vez has confiado tanto en ti mismo que te has dejado. Sí, si te has dejado a la deriva, sin desear, en el punto justo donde las mareas no abruman, donde los vientos no soplan, y allí, como un bote de madera, te has rendido a las corrientes submarinas, aquellas que susurran conjuros de plancton sobre la madera de tus remos y, dormido, bajo el cielo estrellado, el bamboleo de las arrugas del mar te ha mecido alguna vez, ajeno a todo cuanto no fuera ese momento, chapoteo de peces al fondo y tu mirada perdida en el índigo al traspasar velos de luz y conectar galaxias lejanas solo con mirar a lo alto. Quien confía en sí mismo no teme la caída de la noche, no teme lo que traiga el día siguiente, pues cuando el primer rayo toque su cabello, sabrá cuál es la voluntad del sol.

Los invisibles guían a los pájaros

Nos movemos entre hombres invisibles. Cada día cruzan a tu lado varios mirándote como tú miras, siguiéndote hacia donde tú te diriges. No intentan tocarte, saben que el exceso de luz conduce a la ceguera. Solo vislumbran tus pasos para guiarte por el camino que elegiste. A veces te sonríen, dejan caer un prodigio rutinario, casi inadvertido, para que continúes por donde te habías propuesto cuando enfilaste el mundo. Hay de entre ellos quienes, como perros rabiosos, atraídos por la falsedad de las intenciones, surgen para complacerse en confundirnos y hacernos dudar. Así hacen estos seres que a veces semejan estrellas y otras abismos, porque como la tuya o la mía su naturaleza comulga con sus acciones pasadas y no les abandona. Lucharon en guerras, cortaron cabezas, fueron padres amantes, besaron, mintieron para salvarse y ahora se dedican a guardar o agujerear nuestras espaldas. Solo viven un paso más allá, barren partículas de su cuerpo al aire, sostenidos en el guiño de la arena a la clepsidra, de otrora a ahora sin intervalo, ajenos a la cuerda de los relojes, a los dígitos de las pantallas. Están en tu casa, la mía, en la de cada persona que amas, ondas de energía sacudidas por los remolinos de tu templo, sometidos al hechizo de la materia y el espíritu, devotos de nuestra presencia. Abren el libro, muestran por dónde andaba la lectura, otros a veces arrancan páginas para evitar la solidez de los puen-

tes tendidos hacia la otra orilla. Estos seres tienen el calado del mar en la hondura de su esencia, hablan con las nubes, respiran la tierra, guían a los pájaros, son sus cuerpos cauces de río en los que el agua mana. Y están a un palmo de ti tras la caída del velo, rozan tu lecho a la noche, al hilar la luz por las rendijas besan el alba. Te hablan en sueños, sueñan con hablarte, y tú no tienes fe, no tienes paciencia con sus silencios. No busques trigo más allá cuando todo a tu alrededor es un granero. Lo visible te distingue, solo de momento, y esos seres siguen, a tu lado, al mío, al nuestro, solos, a la espera de coger tu mano, y hundirla en sus costillas, para que creas en huesos transparentes, tal vez mañana, cuando el sol no bañe tu pelo o haga brillar la arruga aquella que desde pequeño ya surcaba tu frente.

No olvides la venganza de los monos

Decido bajar de mi refugio, y la ciudad, en la noche, crepita en la falda de la montaña. Miles de seres huyen hacia ninguna parte con los cabellos encendidos, una culpa anaranjada como una nube de chispas mella la Luna tras los montes. Muchos quedan atrapados en sus camas, otros no consiguen llegar a la calle. «Dirán mañana que fue un accidente eléctrico, que el fuego se propagó, pero no les crea...», me dice un viejo sentado en la acera. «¿Ha leído el *Heike monogatari*?», se levanta a duras penas y me coge de los hombros. «¿Leyó usted el *Heike monogatari*?», me repite fuera de sí. Tiene los labios humeantes y los pómulos en carne viva. «Allí lo decía, hace muchos siglos, y no lo creímos, no lo creímos... En aquellos días fueron miles de monos..., bajaron de las cumbres con antorchas para incendiar la ciudad y castigarnos.» El anciano me agarra con una fuerza impropia de sus manos desolladas. «Esta noche he soñado que los pájaros han volado desde sus nidos con ramas encendidas. Gorriones, jilgueros, mirlos, gaviotas y urracas las han dejado caer sobre las azoteas y las palomas han traspasado las ventanas y han soltado su carga de fuego en el corazón de las alcobas. ¡No les crea a esos que mentirán mañana tras el fuego!» Me suelto del viejo y corro hacia la avenida donde los semáforos parpadean. A la mañana, de la ciudad se elevan innumera-

bles penachos de humo. En las noticias se habla de la quema de un transformador gigante o tal vez un atentado. Esa noche, bajo los párpados, el viejo se me aparece volando sobre otros rascacielos con una antorcha agarrada entre los dientes. «¡No les crea, no les crea!», me grita mientras agita sus alas. Al levantarme, cada mañana, guardo el *Heike monogatari* bajo la almohada como un catecismo, y espero la noticia de que, en alguna ciudad del mundo, otro fuego me dé la señal para comprender.

Los árboles siempre se han movido

La revolución llegó el día en que nos dimos cuenta de que los árboles se movían. Nadie en su sano juicio se hubiera atrevido jamás a creer algo en apariencia tan inverosímil. Pero fue una especie de maestro apátrida, un profesor venido a menos, quien lo declaró en una entrevista recogida en *Youtube*. Dijo: «Señores..., los árboles se mueven». A la mañana siguiente, algo en el mundo había cambiado. Los niños más atrevidos se acercaban a tocar los troncos de acacia en las aceras, las cortezas de los pinos eran palpadas sin cesar en los montes y muchos recorrían con las yemas de sus dedos las arrugas hondas y anchas de los alcornos; incluso nosotros pasábamos al lado de los árboles mirando de reojo, como si en cualquier momento nos fueran a dar una patada con sus raíces. Hubo quien se acantonó en la ventana de su casa para espiar veinticuatro horas las posibles maniobras arbóreas. Parecía que estos seres, a nuestros ojos olvidados tantas y tantas veces, hubieran de repente cobrado vida. En el Parque Nacional de Se-coyas, donde habita el general Sherman con sus milenios auestas, una orden directa del Presidente estadounidense instaló una guardia de marines noche y día. Pero al general nadie le vio moverse. Muchos empezaron a creer que los árboles que estaban en sus cepas de adoquín de las grandes ciudades o apiñados en los bosques no eran los mismos que la noche anterior, reem-

plazándose unos a otros en sus sitios, porque, al fin y al cabo, ¿quién podía controlarles si parecían casi idénticos? Bastaba la tierra removida a la mañana siguiente para que alguien viera en ello una señal de mudanza. Los científicos más sagaces buscaron explicaciones cinemáticas, pero nadie pudo demostrar que los árboles se movieran. Fue entonces cuando la opinión pública se volvió de nuevo hacia el sabio apátrida y, en una entrevista, lo volvió a decir: «Los árboles se mueven. Lo han hecho siempre, desde el principio de los tiempos. ¿Acaso no se dieron cuenta? Lo hacen con esporas; a veces las mandan muy lejos, a través de mensajeros como el aire, abejas, pájaros, el mismo viento...». Recuerdo al presentador, aturdido, contestar: «... pero, oiga, eso no es nuevo, ya sabíamos que se reproducían por esporas», y al sabio, en voz baja, confesarle: «Claro, claro, pero es que ¿acaso no veía nadie que los árboles se estaban moviendo? ¿Es que una espora no es para ustedes el árbol, es que para ustedes la semilla no es el fruto o es que para ustedes un recién nacido no es un ser humano? Los árboles se han movido, lo han hecho delante de ustedes siempre. Pero ustedes siempre han estado ciegos».

Es la cadencia del viento

Qué tiene el viento que rema sobre las hojas y las cabbelleras haciéndoles partes de lo mismo. Quisiera saber por qué cuando me silba en los ojos lloro, por qué las hojas caen al suelo empujadas por sus manos de aire y por qué las melenas al agitarse vuelven otra vez al lugar que ocupaban como el quicio de un muelle. Mil ráfagas y aún no ha soplado la corriente que me lleve a casa, esa tramontana o simún que hallan asiento en el alma al revelarles secretos arrebatados a la tierra y palabras secuestradas de los cielos. Ese céfiro capaz de tornarse en horda guerrera, fuerza limpiadora y propicia para un orden tan medido como abierto.

Sueños posibles de imposibles águilas

Estoy al borde del río y contemplo el paso de la corriente como el espectador que tantas veces he sido. El agua es transparente y lame las rocas. Detrás de mí un águila calva, gigantesca, encaramada a un árbol, tan cerca que me atemoriza, va a dejar la rama y, sin rozarme, se alza y cae en picado sobre el río nadando a favor de la corriente; luego, otra águila cae del cielo, y otra, y todas nadan con las alas encogidas, como si lo hubieran hecho desde siempre, corriente abajo, como patos descomunales. Me sorprende y a la vez inquieta que esas tres águilas naden como si lo hubieran hecho toda la vida, cuando yo creía que solo podían volar y dar saltitos sobre la tierra. Me las quedo mirando, desde la piedra en que estaba, como ese observador que, quizá envidioso, sin haberse mojado, certifica que lo imposible siempre es, de algún modo, posible.

Tierra, agua, aire y fuego eres

Amigo, los hombres están hechos de granos de arena, faldas de montaña, dientes de lobo, oscuridad en las raíces. Son tierra. Están hechos con el tirón de un río, la altivez de una ola, la soledad de un estanque, la inmensidad de un océano. Por eso son agua. Están hechos, amigo, con el vértigo de los tornados, la fuerza de los huracanes, la delicadeza de la brisa y la eternidad del cielo. Créeme que también son aire. Y fragor de brasas, lava de volcán, cenizas de incendio y luz de llama. Porque también son hombres de fuego. Y todo eso, todo eso, eres tú.

Amor

Aquel que no ama no conoce a Dios, pues Dios es amor.

JUAN 1, 4

Quien no ama es como si no hubiera nacido.

GUIDO CERONETTI

Las ballenas nunca dejan marchar solas a las ballenas

Los maoríes dicen ser descendientes de las ballenas y, cuando las ballenas embarrancan en sus playas, van a dormir con ellas, a hacerles compañía en su agonía, para que no se sientan solas.

PHILIP HOARE, *Leviatán*

Madre, no temas. Cuando llegue la hora te haré compañía, cuando llegue la hora cruzaré la isla y acudiré a tu lecho de arena. Y sentirás la templanza de mi cuerpo en esa hora, aun cuando me abandonarás al nacer en la orilla, aun cuando no tuviera el calor de tu pecho, aun cuando no me enseñaras a usar mis aletas y, así, en algún momento se perdieran. Pero oiré tu lamento desde el otro extremo de la isla y acudiré para estar contigo, te tranquilizaré con palmadas en el hocico y mojaré tu piel con cubos de agua. Porque sé que en el fondo soy una ballena, y las ballenas tienen el corazón del tamaño de un océano, y si las ballenas perdonaron a los hombres su crueldad, y me dejaron ser hombre para entender a los hombres, ¿no voy yo a apiadarme de ti al llegar el día de tu encalle? Madre, no temas. Iré a dormir a tu lado en la última noche, dejaré flotando mis recuerdos en el agua que aún te hume-

dezca, te hablaré de los mares del Sur, de los días alegres cuando saltabas sobre las olas, y mis manos acariciarán tu cabeza tapizada de crustáceos, y mis dedos tapan las heridas de los picos de las gaviotas, y te amaré, como los hombres aman cuando aman, y no dejaré que te vayas sola, tendida en la arena, porque una vez leí en un cuento que las ballenas nunca deben dejar marchar solas a las ballenas.

No hay punto posible fuera de esta línea

Hallamos el poder para librarnos del amor de dos modos: mediante el conocimiento de una cosa mejor o advirtiendo que la cosa amada, que antes considerábamos grande y magnífica, lleva consigo una suma de consecuencias funestas.

BARUCH SPINOZA, *Breve Tratatto*

Por eso no me he librado del amor Baruch, porque no he conocido una cosa mejor hasta ahora. Y advierto que lo amado sigue siendo grande y magnífico, y no me trae consecuencia funesta. A lo amado, si es de verdad amado, se le ama siempre. Incluso el odio, lo más funesto, al ser *vencido completamente por el amor, se torna amor*. Y si sé que fuera del amor entonces no cabe nada, ni siquiera el odio, cómo voy a verme libre de amor. Si el odio no tiene vida por sí mismo, sino que se ha desgajado del amor, como la sombra se ha desdoblado de la luz, entonces es que amor y luz lo son todo, y nada tiene sentido fuera de ellos. La ira que siento, el rencor a veces exhalado, la insatisfacción que me consume, qué son sino ¿puntos alejados de esa misma línea? No, Baruch, no hallo poder capaz de hacerme salir de esa línea, no hay fuerza capaz de evitar que siga amando.

Allá nos esperan

Estoy confiado. No tengo miedo. Allá, a lo lejos, me esperan los que aman. Ahora lo sé, aunque ese egoísta y fanfarrón de tres letras que me acompaña, a veces use mi mente para confundirme y socavar mi fe. Fue mi tía, dulce y medrosa, la que dio testimonio, como suceden las grandes cosas, sin dar importancia a sus palabras aquella Nochebuena. Contó cómo la noche antes de jugarse la vida en un quirófano, su padre, mi abuelo, se le apareció en sueños. Al albur de una gran luz, el abuelo le decía que no se preocupara, que estuviera tranquila, que aún no había llegado el momento, que la iría a buscar para que no hiciera sola el camino, y le extendía los brazos con el rostro lleno de una serenidad como jamás le había recordado en la vida, para después alejarse, poco a poco. Siempre tengo en el corazón a mi abuelo, ser de luz que marchó pronto, y cuántas veces le habré sentido cerca en estos años, como un ángel guardián. Por eso, que mi tía me contara este sueño fue la señal esperada, el fruto caído del otro lado. La confirmación para que estemos tranquilos, para que no temamos. Tras este biombo de cartón piedra nos esperan los que aman.

Desde el principio, hasta el regreso

Con la presteza que sale la pelota de un arcabuz cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo, que yo no sé otro nombre que le poner, que, aunque no hace ruido, hace movimiento tan claro que no puede ser antojo en ninguna manera, y muy fuera de sé misma, a todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas.

SANTA TERESA, *Las moradas*

Anne Kathrin, desde el más remoto de mis días, solo quiero que *nada te turbe, nada te espante*. Decidimos aventurarnos desde la divina fuente, dos chispas de luz enviadas de la espesura cósmica, dos almas dispuestas a madurar el plan trazado ya en su vibrar inicial. ¿Y de dónde si no hay lugar? ¿Desde cuándo si no hay cuándo? Un centro vacío para un vacío sin centro, allá fuimos, donde siempre estamos, en otro lado, cuando es, para nosotros sin término, aunque de vez en vez nos sorprendamos unidos a un cordón elegido, ansiosos de enhebrar aire, de rozar con los labios un pezón cálido. Y ese camino de huesos, sucede a veces, nos une de nuevo, como si fuéramos desconocidos, como si nunca en los siglos de los siglos nos hubiéramos besado, nos hubiéramos lamido, nos hubiéramos acariciado con saña. Porque es al mirarnos cuando sabemos, oh sí, que so-

mos nosotros, que estamos aquí en este ahora, ¿hasta cuándo tenemos?, nos llega como un rayo de la frente, y es entonces el amarnos con urgencia, en los bosques, en las playas, sobre las sábanas almidonadas en un hotel de tres estrellas. Ha ocurrido, otra vez, aunque no recordemos cuántas, y la fruta una vez pelada se pierde, al poco, por eso conviene saborear su pulpa y enjugarse la boca, para decirse las palabras que debe uno decir en esos momentos de gloria, cuando se es, cuando el olvido es un compartimento contiguo, y la sed de la corriente del mundo nos devuelva a nuestro lecho de agua, dispuestos a seguir remando hacia la desembocadura del mar elegido. Será allí donde invisibles seremos del todo, cuando para nuestros hijos quedemos en nada. Y tú, chispa de universo, cáliz de cosmos, tendrás en mí tu lugar y lo tendré yo en el tuyo, donde *nada te espante, nada te turbe*, regresados, al fin, en paz, a la divina fuente.

Ángeles siempre amados

A María.

Tú eras un ángel. Yo un hombre. De algún modo, desde el día que te vi, había un resplandor sin engaño en tus ojos. Un enorme óvulo negro sacudía las esmeraldas de tu iris arramblando con cualquier brillo impreciso o falso. Hablábamos mientras tomábamos café y el cielo se abría a cada momento sin darme cuenta. ¿Cómo soñar algo más aéreo cuando tienes la oportunidad de reposar tu mano en la melena de un ángel? Por entonces no tenía noticia de tus vuelos a medianoche, tras irte a la cama, sobre la ciudad, abiertas tus alas sobre lo que de día te había entregado amargura. Ya conoces que los hombres a veces no entendemos la generosidad de arriba porque pensamos, pensamos, humo y barro, sometidos a leyes de papel y miedo que cubren los ojos de un velo oscuro. No hay mayor fuerza que la compasión, eso lo entendí estando a tu lado, porque un perdón compasivo hace digerible cualquier miedo al abandono. Y solo en ese momento de piedad, uno con el otro, es cuando este hombre osa beber de tus fuentes, ángel mío. Me lo enseñaste con el dolor de tus labios y la trabazón de tus caderas. ¿Cómo saber si algo duele más que apretar en un puño el corazón de un ángel? No supe de tu verdadera naturaleza hasta que comencé a alejarme. Fue un día, al mirarte a los ojos, desviar la

mirada para evitar el arder infinito de tu flama emboscada en la pupila, y saber que los cielos están donde están para que trabajemos por recorrer con disfrute su camino a lo alto. Ya en retirada, como los hombres cuando pierden sus guerras, supe de ti con esa verdad luminosa que da la renuncia a la victoria. A un ángel no se le gana nunca. Se le perdona su fuerza. El amor no puede tener nunca tregua.

Aprended a amar las tinieblas

El hombre que se aparta del camino de la sabiduría vendrá a parar en la compañía de los muertos.

Proverbios, 21, 16

Asoman cuando la luz duda. Surgen como sombras crecidas de nuestro propio cansancio. Ladran como perros, con espuma en la boca, traen entre los labios cuchillos. Vagan por la ciudad, por las calles, a la vera de tus amigos, bajo tu umbral, en tu propio lecho andan en sueños. ¿Quiénes pueden oírlos?, sino los que abaten el velo con el ojo de su frente. *¡Refaim, Refaim!*, es temido su nombre desde el albor de lo antiguo. Isaías alude a la caída de los pueblos por la gloria y la opulencia, debilidades de la carne, cegueras del alma allá donde la luz no podía alcanzar, allá de donde un día no hubo ya regreso. De la caída de Babilonia, flor de los reinos, dijo el profeta: «Despertaré contra ella a los medos, que no se cuidan de la plata, que no codician el oro»¹⁰. Y los *Refaim* llegaron, tras los arcos de los medos, al filo de la noche, como perros hambrientos de energía, para llevarse al caldeo, rey grande entre los grandes, y a los más de su pueblo, como espectros del bajo astral. ¿No es atroz imaginarles en la oscuridad de su destierro?, condenados a recordar el oropel de sus mantos, el tacto

de las monedas, la voz de mando, las ruedas del carro al pasar por encima de los hombres, sabiéndose aún más perdidos del plan divino. Tened cuidado, andad alerta, pues algunos de ellos fueron dejados libres y vuelan por el aire, desde la tarde, y *andan errantes, aquí y allá, en busca de comida*, y no dejan resquicio de luz, pues siempre habrá alguien, siempre habrá alguien al que hagan suyo. Aunque cuentan los hechos de Pedro que hasta el mismo Jesús visitó a estos seres encarcelados en espíritu, y predicó entre ellos... ¿Es posible entonces un destello de luz bajo su hábito de tiniebla? La única forma de detenerlos es que no te apartes del camino de la sabiduría. Y solo es sabio quien ama. ¡Ama!, ¡ama!, ¡ama!, ¿por qué no también a los *refaim*?

La fe es de los limpios de corazón

El que hizo caso omiso del naufragio, nadó sin razones, encontró la orilla y se dejó dormir hasta la mañana siguiente sin esperar nada, ese hallará a su hermano. El que abre los ojos escocidos por la arena y contempla la mar como si no hubiera maderas ni enseres flotando, y luego es capaz de vislumbrar la belleza del cielo, ese te digo que hallará a su hermano. El que no se inquieta, sigue a pie por la playa sin faltar a su paso, y vuelve su mano una y otra vez visera sin cansancio, ese dará con su hermano. El que respira hondo, cierra los ojos, pone la mano en su pecho y da las gracias por estar donde se encuentra, te digo que cuando abra de nuevo los ojos contemplará a sus pies, tendido en la arena, a su hermano. Y aquel que descubra a su hermano, ya está, se acabó, ya no podrá ser retenido en esta isla.

*Las batallas no son cosa de amor,
mi ángel*

A Arantxa.

Contigo es sin ti desde el principio de los tiempos. Tu abrazo una tarde de julio, un faro para los barcos de Oriente, alzado ante la tempestad, misma tempestad en su resplandor visto a millas de distancia. Los torbellinos de tu vientre agitándose en las turbulencias de mis cielos, y los relámpagos como sacudidas desde nuestros cabellos a las proas de las naves que nos llevaron, perdidas y halladas a la vez al momento de aquel encuentro. Y la mirada de los demás no es más que reflejo de un será sin importancia, cuando los cuerpos están en vuelo y las almas placen a sus anchas surfeando la espuma de los corazones. Tu dedo señala la India y no veo más que tu dedo entonces, ajeno a las escalas y los desperfectos. Y construimos los galeones para el viaje en el interior de los bosques, el susurro de las cascadas dictándole las reglas a tus labios, tendidas ya las pendientes de las montañas como profetas del esfuerzo por llegar al camino. Aprendiste de la tristeza nacida de los huesos, de la lucha en los *drakars* vestida de pieles de oso, y tus ojos me hablan del miedo a desaparecer bajo las aguas, en cualquier incendio de tus barcos, por tanta guerra, por tanta llama escondida en tu cuerpo. Nos buscamos durante tantos siglos y nos perdimos, nos lamimos y nos

herimos con la misma facilidad que el viento cambia su tercio, mi mano saciada en tu pecho, tu pecho escanciado en mi boca y la luna derramada en el delta de tus muslos. Soy tu clamor más feroz y la llaga de tu apego, la voz de tu vientre y la espada en tus manos, me das ardor y me infundes pánico, en la aurora la suavidad de la nieve templada, y al ocaso la frustración de la guerra sin victoria. Cuando hay viento, navegamos, y la mar parece calmada, los delfines nos flanquean, y al fondo, el horizonte de una isla parece vislumbrarse. Rezo porque sea tan grande como nuestro sueño, quepamos los dos, y si un mañana algún huracán nos vuelve a hacer náufragos, las fuerzas nos den para llegar a nado a otra nueva tierra que sirva de descanso.

El paraíso está tras la llama

¿Qué es esta sensación nueva de verte tal cual eres?, ¿de traspasar con mis ojos tus labios?, ¿de coger tu mano como si buscara el sol una mañana de invierno?, ¿de abrazarnos y bañarme en la honda entrega de tu alma?, cuando antes me estremecía en tus ángulos y éramos un labio en una boca de una sola lengua. Hay en este tiempo de pruebas el presagio de una vuelta al paraíso, un quitarnos la hoja de parra, un desnudarnos para unir nuestros cuerpos sin que acuda el deseo. El querubín nos espera para darnos paso, a nosotros que antes ardíamos en hogueras, a nosotros que hace no mucho gemíamos en un baile de formas... Acaso la llama no es suficiente... Tú y yo sabemos que las llamas de una hoguera necesitan cuerpos de leña, pero esta flama goza del espíritu, no se conmueve en la frecuencia del ansia, no se perturba en la comezón de la querencia, no se alimenta de los frutos de la carne ni la mente. El paraíso reside aquí, lo estamos trayendo. Sentarnos a la vera de un tresillo, hurgarnos con los dedos tras las costillas, hallarnos las nubes con los labios, tantearnos nuestras albas, disfrutar de nosotros como si la luz nos hubiera solo iluminado por dentro. ¿No ves la espada flamígera del guardián apagarse? Vamos, esto es lo próximo...

Sin él nada tiene sentido

No digas que es un milagro. Las cosas no suceden porque sí, el trueno no rompe los cielos si no ilumina el rayo, y la lluvia sería imposible sin la llegada de la nube. Si os amáis después de tanto tiempo separados no es porque el amor se fuera y ahora regrese, pues no desaparece, no se esconde, aunque parezca olvidado por mor de la lejanía. Al amor le sigue el amor, como a la semilla, la flor, y a la flor, el fruto. Cuando el amor es, no se reinventa o se recompone porque anduviera confuso o fragmentado. Siempre estuvo allí. Nunca marchó, no se fue de los corazones en que habitaba. El amor es uno. El amor es la unidad de lo que eres. Allá donde quiera que estuviera, sigue estando y lo seguirá, pese a las circunstancias y a la contingencia de los hechos, porque el amor es solo presente, no alienta futuros ni mira al pasado, porque vive el momento de realizarse, que es ahora, cuando te entregas en el beso o en la caricia, cuando le das consuelo a un niño, cuando alguien llama con la excusa más vana y acaba abriéndose en canal desde el otro lado de un teléfono. El amor no conoce de cambios de estación, de domicilio, de coche, de ciudad o de país. Donde anidó siempre habrá plumas. Donde nadó, siempre habrá ondas. Si os seguís amando es porque el amor permanece y eso no es obra de ningún milagro. Los milagros son sobrenaturales o divinos, cosas extraordinarias y maravillosas, excepciones de algún

modo. Pero el amor no es sobrenatural, porque parte de nuestra naturaleza; tampoco divino, porque es humano, ni es extraordinario, al existir dentro de lo ordinario en el sucederse de todos los días, y tampoco es maravilloso, porque vive en cada uno de nosotros, a cada momento, y nos rodea en cada partícula de lo cotidiano. ¿De qué os sorprendéis entonces cuando os miráis y nada fuera de vosotros tiene sentido? Amor sois...

Somos búsqueda de una luz nunca perdida

La familia de un hombre es la gente que lo ama, la gente que lo comprende.

WALT WHITMAN

Que el hombre buscara su pecho y la mujer su espalda fue lo primero. Que después el hombre buscara otra espalda y la mujer otro pecho distinto al suyo fue un sucedido, una forma más del encuentro de opuestos que nunca lo fueron. El amor es movimiento hacia lo uno, palpito continuo, rosa de otra rosa sin cese, y todos somos sus instrumentos. La semilla sembrada es la misma cuando se contiene. Da lo mismo el padre que la madre, los abuelos, los amigos, ¿acaso no podemos ser cada uno el ámbito del beso? Cuando perdiste algo, en tu niñez, en tu adolescencia, y no tuviste más remedio que buscar otra cosa, ¿no eras tú la antorcha?, ¿no eras tú la luz que iluminaba los pasillos oscuros? En tu búsqueda habitaba ya la llama. Y cuántas veces yendo hacia tu padre, tu madre, tus hermanos o los que creíste amigos y amantes en busca de un abrazo, ¿cuántas veces te sentiste devastado porque no entreviste en su mirada una vela encendida? Y algo callaba en ti entonces por miedo a quedar como el cirio en la capilla de una iglesia donde nadie ora. Un día comprendiste el aceptar, y

después se consumó la búsqueda, hasta darte cuenta de que en los lugares más escondidos, en los rostros menos codiciados, en las llamadas más imprevistas, en los encuentros menos deseados, habitaban las hogueras que eran vistas a cientos de kilómetros. Tú solo pretendías abatir los muros de ti, agrietar las piedras con flores, ir al galope de otras llamas. Pero aún ignorabas que la liberación estaba dentro, porque tú eras la flama que siempre atrae a otras flamas, porque la luz comprende lo que ilumina y a todo le da tibieza.

Siempre supiste amar a tu prójimo

Si te oyes, párate a escucharte. Si te escuchas, hazte caso. Si te haces caso, te estás amando. Y si te amas, ¿no te das cuenta que de alguna manera harás con los otros lo mismo que hiciste contigo? Si les oyes como a ti te oíste, te pararás a escucharlos y, si les escuchas, les harás caso y, si les haces caso, de alguna manera les estarás amando. ¿Es tan difícil? Inténtalo, haz a alguien visible. A veces hará falta solo un saludo. Otras tendrás que acercarte a quien por cualquier razón, para los demás, sea transparente, y le hablarás, le preguntarás de verdad cómo se encuentra, le dedicarás tu atención unos minutos y le obsequiarás con palabras azules. Verás cómo al fondo de sus ojos parecerá iluminarse un pasillo y tal vez incluso en su rostro se dibuje una sonrisa. Si es una anciana sin familia, le hablarás al oído de nuevos mundos por llegar; si fuera una mujer no agraciada, le darás la mano para que no olvide la caricia; si pareciera un mendigo, dile que la vida late en él como en ti. Antes de marcharte dales a todos tu abrazo, hazles saber que no eres un sueño, que el mundo no está habitado por estatuas. Esa luz regresada tras sus iris, durará en sus ojos mucho más de lo que puedan durarle unas paredes no buscadas, un adorno para sentirse más bella o unas monedas en sus bolsillos. No te olvides jamás de una cosa. Tu regalo son ellos.

Lo que es

A veces quiero tu nombre, recuerdo tu cabello de paja, tus ojos de musgo, tus carnes trenzadas sobre esos huesos sabios en sus formas, y desearía, sin embargo, traspasar tu frontera de piel, ir más allá de ese nombre otorgado, y dejar sus letras libres como islas aún no descubiertas, porque sé que tras este ardid de nombrarnos, la sombra esconde sus brazos de invidente y necesita oír dónde tiene su eco todo lo que no es capaz de ver. Y allí habita el juicio, la mortaja del pasado, las cadenas de este ahora, enroscados todos en este recuerdo ligado a tu nombre. Y todo lo que no son más que restos, óbolos de tu cuerpo envelado por los años, destinados a esfumarse, parecen tener más consistencia que ese vacío tuyo, tan permanente e inamovible, luz que siempre fue el puesto más avanzado de las estrellas, iluminaciones del cielo en esta tierra de pertenencias, a las que tanto miedo nos da renunciar, sin saber cómo detrás se esconde tu verdadero nombre, lo que no pesa, lo que no tiene sentido porque no se piensa, y esclarece el rumbo como un faro, y nos anima a amar los destellos en los márgenes oscuros, y nos despierta, y renunciamos a conocer su nombre, porque nos salva, y algo en lo profundo nos está diciendo que es cierto, y a lo cierto no se lo bautiza, porque nada hay que perdonar, y es por eso que no tiene nombre. A la verdad que eres, sin nombre, se le ama.

Porque tú eres luz

Tus ojos son el mar al que todo hombre en busca de sentido se hubiera echado a nadar; sin tener en cuenta la orilla, sin pensar en las brazadas que lo alejan de tierra firme, ajeno a otra cosa que no fuera el impulso de su corazón, como un trueno que desde el pecho mezclara sus notas del modo más armonioso con las olas crenchadas sobre su rostro. Tus ojos, sí, como dos luceros de magma que acarician con su ardor las entrañas de este alma. Si uno te mira, no entiende de bromas, de juegos, no entiende de lo que jamás entendió, porque cuando uno te mira, tus ojos quedan al margen de toda duda, y quién no reconoce en su interior el tono de lo sagrado, la voz de lo divino, la permanencia. Cuando alguien te ve, le devuelves la dicha de su existencia, el disfrute de abrirse paso entre las corrientes y las mareas, la ilusión de un vientre de agua que endulce el fuego y lo convierta en magia que cure al tiempo de sus propias manijas. Al mirarte, hoy, de nuevo, en la penumbra de un coche, hablando de tomar distancias para hallar lo adecuado, he encontrado en tus ojos la fuerza de lo inmensurable, la verdad de lo inasible, el vuelo de ese ave indecible que habita en el cielo interior de los hombres, ese ave que con su canto alza el telón de los miedos y nos hace cruzar las grandes aguas.

Sostengamos ya el pulso de lo divino

En el futuro, cada hombre deberá ver en su prójimo a un ser divino escondido en él.

RUDOLF STEINER

Aquel japonés lo estaba haciendo. Lo vi en sus ojos, insistentes, devorados por las ojeras, aplomándose sobre la culata, antes de que un momento después estuvieran aún más rasgados y perdidos en algún punto de la tapia, traspasándome, como si ya fuera invisible. Había reconocido mi divinidad, por un instante había mirado dentro, y oí decir a su *wondjina*, a ese ser que, según mis antepasados aborígenes, nos habita en un tiempo de sueño tan cercano como lejano: PERDÓNAME, PERDÓNAME.

Esto es solo lo que toca, no te preocupes por este soldado *aussie*, tal vez, en no muchas lunas, no habrá tapia que derribar y los hombres que lleven un fusil se convertirán en estatuas de sal castigadas por mirar atrás.

Eso le dije mi *wondjina* antes de abandonar la que fue su casa por treinta años, ese verano de 1943, apenas porque desde arriba todo era una inmensa trinchera que separaba a los hombres. Ahora tengo que volver, parece haber pasado el tiempo, pero encontraré esos mismos ojos, quizá en un rostro negro o blanco, como si fuera ayer, y desde el principio querré saber si ya es el tiempo del sueño, ese en que los hombres vean en otros hombres el pulso de lo divino.

La fábula del corazón infinito

Hace muchos años, en la ciudad de Goa, a orillas del Índico, un muchacho, entristecido, quejóse a su maestro de que su corazón era pequeño para guardar todo el amor que sentía en el mundo. El maestro, en silencio, se dirigió a la playa, pisó la arena, y cuando el mar comenzó a mojar sus pies, sacó de su bolsillo un dedal de plata y lo colocó bajo una ola. Al momento, se acercó a su discípulo con el dedal rebosante de agua en su mano izquierda y se lo entregó diciéndole: «Acuérdate de esto que te digo. Eres afortunado, pues para muchos es un secreto que un océano cabe en un dedal como lo es que en una semilla cabe un árbol».

No hay distinguos en lo único

¿Es que aún no te has dado cuenta? El abrazo es un tren en marcha. La posibilidad de vencer una resistencia que corta tu entrega al otro. La alegría por encontrar al que es como tú. La oportunidad de quererte. El abrazo es acercar tu malla de átomos a otra malla semejante, la certeza de una fusión de tal fuerza que, tras el estallido inicial, resulte el vacío, con su infinita potencia creadora, fundidos los dos en un orbe por hacer; un yo que, en la apariencia, alejándose de su centro, termine en verdad siendo el centro de algo aún más grande. Y eso no será sino regresar al principio. Porque eres una parte a la busca del todo, porque en el abrazo no intentamos sino volver a la esencia de la que partimos. A través de los *Dioscuros*, fusionarnos en la unidad. La solución del enigma. Y ha de ser un abrazo sin muros, entregados a la creación, al nacimiento de lo único, sin frontera capaz de marcar una distancia. Porque en todos los distintos abrazos, está el Abrazo, *en todos los rostros, se muestra el Rostro de los rostros*.

Estás donde siempre estuviste

¿Estás donde siempre estuviste? Cuando nos veo juntos, serenos y puros, limpios como el rayo de luz al tocar el agua, no recuerdo aquel dolor, no entiendo de separaciones, no sé nada de rupturas, no quiero corrientes ni aventuras, solo volver a fundirnos en aquellos abrazos, a la hora del sueño. No hay momento de amor más completo en mi memoria. No hay sensación más bella que franquear la otra realidad que se alza bajo los párpados entregado a quien amas. No hay momento de más gozo que habitar, otra mañana más, la luz nueva con aquel que elegiste, y que solo exista ese presente de despertar juntos, desprotegidos, abiertos al cuerpo y al alma del otro. Si te busco, quizá esta noche estés donde siempre, tu mano cogiendo la mía, tus pies enredados en los míos, y será la verdad de tu abrazo el centro de esta existencia, donde halle aquello por lo que vivo y por lo que vine aquí, desde tantas vidas y de tan lejos, aprendiendo a golpe de experiencias, solo para saber ahora que estás donde siempre estuviste. Amor.

¡Confía en lo que llega!

Más alto que el aire viene lo nuevo.

La respuesta del ángel

Y lo nuevo no llega del aire, porque el aire no basta, aún juega con los rostros, las manos, y su tacto a veces es frío y a veces es cálido, todavía en la razón de los opuestos, invisible, pero respirado, participante del mundo. *Lo real nunca puede dejar de ser*, y el aire dejará de ser aire algún día como nosotros dejaremos de ser carne, y el aire que es voz ahora de mis palabras, que en realidad llegó como bien concedido para alcanzar la gracia, cuando nos vayamos dejará de ser, como la tierra baldía y sin dueño, abandonado a su nada sin nosotros. El Ser llegará más alto que el aire, ascendido desde las raíces de la tierra, y habrá pasado por tu sexo, y por el mío, y tomado su poder en las llanuras amarillas, y conquistador habrá sido de las verdes regiones de los corazones, y vislumbrado habrá el cielo de la palabra y su promesa, hasta alcanzar la luz guiadora de las estrellas, más alto que el aire, espiral de violetas, para ser lo que somos, lo antiguo que torna nuevo. Porque nos alcanza, porque todo en ti resuena cuando vibras más alto que el aire, a la manera del firmamento. ¿Quieres, de una vez ya, confiar en la luz que llega?

La gloria de la vida dará obras

¿Y tú qué quieres?, ¿amar en las nubes?... ¡Anda!, descuélgate de las estrellas, ven a la tierra, juega conmigo, disfruta de cada beso que te regala la vida, agarra mi mano, detente en mis mejillas, chapotea en mis labios, despierta a mi piel lamiendo la verdad de su tacto, haz mi cuerpo fértil, siembra, recoge las cosechas cada año, almacena en mi corazón gavillas de templanza, haz silos de libertad al dilatar de mi pecho, vive esta miel fabricada de vuelo y tallo, ocúpate de no olvidarte aquí, firme al sol, curvándote al viento, permeado con la lluvia, sostenido en la base de las cosas más frágiles, y se hará en todo según tu palabra.

Entrégate a lo más íntimo

El secreto de la magia está en entregarse. A los lirios, a las aves, a la alegría, a todo aquello que nos libera y restaña. Entrar en una cueva y cerrar los ojos, darse a la oscuridad que creímos impenetrable, para después darnos cuenta, hebra a hebra de luz volcada en nosotros, como la tiniebla que pensamos no era más que luz envuelta en duda. ¡Entrégate!, ¡entrégate!, a la corriente que te cruza de abajo arriba, al río que serpea de tus pies a tu cabeza, sumérgete en los atisbos que tuviste, en las llamaradas que latieron, en los odres del vino embriagador de la dulzura..., cuando miraste a los ojos de un niño arrugado a punto de besar la tierra o terso al recién salir del útero..., no pienses en ti porque la entrega te rebasa, te suplanta, te eleva, te hace ser otro que no es sino tu profunda verdad más allá de la energía que eres, la esencia de lo uno a través de ti, y saber que entregarse es dejarse, quietarse, olvidar el nombre, hacerse alma vertida en todo.

No hay soledad cuando uno se ama

¿Qué fue tras el éxtasis?, ¿qué fue aquel silencio en tu cabeza?, ¿aquel apagarse los pensamientos como arrancados por la fuerza de un molde más pesado? Y sentir, desnudo, los pechos aún dulces, el cabello aún flotando sobre tu frente, los muslos ofrecidos por la amante a tu alma, otra vez alejándote cuanto más cerca estabas de su verdadero abrazo... y saber que la lluvia de fuera, el frío, erizan tu alma con agujas de escarcha, y te ovillas como el niño aquel solitario al que acercaron una plancha al pecho, indefenso mientras te abrazan, y las lágrimas desoyen ese abrazo, y duele aún más, duele porque es hielo que te habita como el cuerpo de una Antártida, y el pecho, dilatado y agrietándose, quiere estallar en icebergs, y clama tu boca al abrirse, arqueado como una ballena herida, y la soledad, como el dolor de todos los arpones clavados en tu piel por siglos, rompe tus venas y sientes que hoy será el último día de tu vida, cuando sueltes todas esas espumas llegadas de la tiniebla, y tu luz te dirá que no estás solo, que nunca lo estuviste, que la voz que oíste un día era Amor y que nada, nada, puede esconder aquello que lo ocupa todo.

Ser libera

Aprender a irse para volver. Dejar marchar para el regreso. Perder para tener. Alojarse la pérdida para encontrar el hueco a llenar. Renunciar para adquirir. Soy el hombre que lo quiere tener todo. Soy hombre. Si la seguridad se desvanece vuelvo al que ni ama ni deja amar. Valiente perro de hortelano. Mientras la diste por pañidera estabas tranquilo, mas cuando aprendió a quebrar el dolor del corazón despejando de malezas su tierra, flaqueaste. Liberar para ser.

Eres lo uno y lo otro... Uno y todo...

Cuando examinamos nuestro dolor y nuestra decepción y los utilizamos como herramienta de aprendizaje nos dan lecciones de vida sagradas.

DEBBIE FORD

Cuando no lo sostengo, el dolor me entrega otra vida. Mira, este soy, le digo. Y el dolor viene, y me estrecha la mano, mi palma se tiende ante la suya, sin arrugas, sin miedo, no respondo apretando más fuerte su palma, no le intento apartar, y entonces parece confundirse ante la ausencia de lucha, elude el contacto, y alterado se lanza a la busca de otra presa. Es cuando comprendo, dichoso, que el dolor me ha entregado un tesoro. Y aprendo a no huirlo, aprendo a mirarle a los ojos. Y ya sé que jamás vararé en los arrecifes si la mujer que amo me abandona, si mis hijos algún día me dan la espalda, si mi madre antes de morir no me ofrece una palabra de amor en los labios, si intuyo que el reloj de mi cuerpo ha marcado las horas y la rueda de la fortuna se ha parado. Si al final me encontrara solo, no habrá decepción, y lo que fue no será sino el fruto en lo que es.